

**EL ESCULTOR JUAN ADÁN,  
UN TURIASONENSE EN EL OLVIDO**

DIMAS VAQUERO PELÁEZ

**ETNOLOGÍA  
Y ANTROPOLOGÍA CULTURAL**

---



**ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA CULTURAL  
EN LA COMARCA DEL MONCAYO**

ANTONIO BELTRÁN MARTÍNEZ



# ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA CULTURAL EN LA COMARCA DEL MONCAYO<sup>1</sup>

ANTONIO BELTRÁN MARTÍNEZ

## EL MONCAYO Y SUS LEYENDAS

Las montañas, desde la Antigüedad, han sido consideradas como residencia de seres superiores en relación con el cielo, del que están más cerca que las tierras a sus pies, albergando misterios que se entrañan en los bosques y en las fuentes, considerándose también origen de tempestades y temiendo sus amenazas contra los mortales manifestadas por truenos y relámpagos. Como consecuencia de esta sacralización en su cumbres se levantaron cruces, se edificaron templos o ermitas y numerosas leyendas asocian las cumbres al bosque, a las fuentes o a las cuevas. Si se trata de montes elevados, cubiertos por las nubes con frecuencia, aislados del resto de la cordillera, aumenta su personalidad en la consideración popular. Cobijo de elementos sanadores, residencia de anacoretas, índice de referencias meteorológicas, etc., son los elementos complementarios del cuadro de carácter etnográfico de las montañas que en Aragón tienen especial consideración. El monte Oroel, el Aneto, el monte Perdidó, la Maladeta pueden ser buenos ejemplos, cada uno con su leyenda, algunos quizá sagrados desde tiempos romanos, como el Aneto si admitimos que el dios Neitin que figura en la estela ibérica de Binéfar le dio su nombre, hasta convertirse en símbolos de comarcas y de toda la tierra nuestra, tal como reco-

---

1. Un conjunto de estudios de tipo geográfico-histórico en *El Moncayo*, Zaragoza, 1988, con trabajos de PELLICER, F.; CUADRAT, J. M.; YETANO, L. M.; CARCELLER, F.; ESCOLANO, S.; SANTA CECILIA, M. A.; BORRÁS, G.; MAINER, J. C.; BELTRÁN, A.: «De nuevo sobre el Moncayo», *De nuestras tierras y nuestras gentes* III, Zaragoza, 1972, p. 87.

gió Luis López Allué al titular su colección de cuentos aragoneses «Del Oroel al Moncayo».<sup>2</sup>

El Moncayo ha de ser incluido, sin duda, en la lista de los montes sagrados, sea o no cierto que los romanos dedicasen en su cumbre un templo a Júpiter y que éste perpetuase el culto de una desconocida divinidad celtibérica. La Edad Media continuó con esta tradición, mucho antes de que apareciese el culto a San Martín que llegará hasta nuestros días, con la Señora de la Montaña Santa o de la Peña Negra, como consta por documentos del obispado de Taramona de 1260. La fantasía o las viejas tradiciones inconcretas terminaron por vincular el Moncayo a Hércules y a personajes de su cortejo o inventados y relacionados con él por la leyenda, aunque hay que suponer que los fenómenos de cristianización que trataron de aprovechar las creencias y los temores de los comarcanos del Somontano, no podrían desarraigar muchas de las antiguas tradiciones.

En España resultan siempre sugerentes las referencias al semidiós Hércules, adaptación del griego Herakles y ambos sucesores del tirio Melkart; en la antigua Hispania se sitúan algunos de sus famosos doce trabajos, aunque los citados concretamente no afecten a las tierras de Aragón, sino que se adjudiquen a las tierras meridionales, tal vez a Tartessos, al Jardín de las Hespérides y a Atlas, área de antiguas colonizaciones y de rutas comerciales dominadas por los fenicios, y tal sentido tendría la apertura del estrecho de Gibraltar, entrada al «mar tenebroso», separando por la fuerza los montes de Abila y Calpe, Ceuta y Gibraltar, y sentando sus «Columnas» como hito del confín del mundo en el lugar donde se abrazan el Mediterráneo y el Océano. Hay quien piensa que donde aparecen en España referencias a Hércules, aunque sean en leyendas inaceptables históricamente, reflejan una influencia fenicia que ha sido traducida por los romanos a acciones o mitos que tienen a Hércules como protagonista; la popularidad del culto de Hércules Gaditano, que alcanzaba hasta Cartagena y que figuró como tipo en monedas imperiales romanas, es buena muestra de ello. Es posible que tuviera un templo en Caesaraugusta bajo la advocación de Alcides y resulta apasionante escudriñar los misterios de los viejos cultos hercúleos en las zonas de influencia del mundo púnico. En tal caso, donde existen salinas o explotaciones mineras antiguas es frecuente hallar dedicatorias a Hércules y en este sentido sería de interés tratar de profundizar en las tradiciones que sitúan al semidiós en el Moncayo, donde existen importantes y ricas minas de hierro que originaron desde el siglo III a. C. el poblado siderúrgico ibérico de La Oruña, cerca del monasterio de Veruela, que sería muy arriesgado considerar como la sacralización del lugar, sin que

---

2. BELTRÁN, A.: *Leyendas Aragonesas, Tradiciones Aragonesas, Costumbres Aragonesas*, Editorial Everest, León, 1989; además *Introducción al folklore aragonés* II, 1980, p. 156. *Gran Enciclopedia de Aragón*, en las voces correspondientes, y *Enciclopedia Temática de Aragón I*, pp. 82-116. En estas publicaciones la bibliografía complementaria.

ningún resto arqueológico permita afirmar que hubiera establecimientos púnicos cerca de Tarazona y es muy poco probable que éstos mostrasen por el hierro, en realidad bastante abundante frente a la escasez del cobre o del estaño, el mismo interés que por estos metales.

Hércules fue identificado por las creencias populares con el Sansón bíblico y se le adjudicaron empresas imposibles de las que resultaba siempre vencedor, aunque sufriendo innumerables fatigas, vinculándose también a las leyendas de gigantes. En Uncastillo y en las ruinas de Los Bañales, aparecen en la cumbre del poblado del Pueyo dos oquedades en la roca del suelo que se explican por las gentes como huellas de los pies de Hércules, cuando impulsado por no sabemos qué furioso propósito, lanzó al aire dos grandes monolitos que fueron a hincarse en un cerro próximo donde se conservan con el nombre de «el huso y la rueca».

El caso es que el Moncayo, cuyo nombre hace derivar Marcial de Caunus o Cano, por derivación poética de sus blancas cumbres nevadas, como las canas del anciano, «senemque Caium nivibus», que otros relacionan con Graco, con la pacificación de la Celtiberia y la victoria obtenida sobre los indígenas en las faldas del robusto monte y el respeto que los celtíberos sintieron por su vencedor, sufrió en la Edad Media la corrupción en forma de Monte de Caco, dando lugar a la leyenda cuyo origen somos incapaces de descubrir.

En Los Fayos hay una cueva que llaman en el país de Caco, donde, según noticia oral recogida por Gregorio García Arista en 1939, no sabemos de quién, se refugió el famoso ladrón mitológico para ocultar sus robos. En Tarazona moraban entonces Hércules y Pierres, quienes se consumieron de curiosidad por conocer al contradictorio personaje y en su busca fueron; caminando hacia el monte, al llegar al paraje llamado El Plano, encontraron a una mujer gigantesca arando que resultó ser la hermana del ladrón y que a sus preguntas respondió indicándoles dónde estaba su refugio señalando el lugar con el arado y los dos bueyes uncidos que levantó en el aire con la mayor facilidad. En la cueva estaba Caco bebiendo vino de una tinaja de veinticinco cántaros de cabida, que removía con la mano, invitándoles a beber con él y a cazar en los bosques del Moncayo; no cobraron ninguna pieza y cuando regresaban con las manos vacías fueron atacados por un gigantesco león, al que mató Caco desgarrándolo en dos cogiéndolo de las quijadas; Pierres, admirado ante la proeza, quiso demostrar también su fuerza y tomando una vaca viva se la cargó al hombro sin aparente esfuerzo; por su parte, Hércules, deseoso de emular a sus compañeros, no se quedó atrás, arrancó un haya de raíz y tomándola como bastón y apoyado en ella, regresó con los otros dos gigantes a Tarazona satisfechos de su hazaña...

La leyenda, tal como la hemos contado, adultera los datos de la mitología según la cual Hércules, armado con su clava, venció y desgarró al león de Nemea con cuya piel se adornó usando su cabeza como casco, en tanto que



Caco, ladrón de ganado, fue quien en buena lógica cargó con la vaca, y de esta forma deben interpretarse los estupendos relieves policromados de la fachada del Ayuntamiento tarazona, que los representa como gigantes, uno con el león al que se descoyuntan las quijadas, la ternera llevada en vilo por otro y el robusto árbol sirviendo de cayado al tercero, siendo éste Cesarón o Cesarión para unos, y Teseo, compañero de Hércules, para otros. Tampoco anda muy acorde la leyenda recogida por García Arista con lo que la mitología nos cuenta del gigante Caco, descrito por Virgilio en La Eneida como hijo de Vulcano, que tenía su vivienda junto al monte Aventino donde Eneas fundaría Roma; hasta allí llegó Hércules con los toros rojos robados a Gerión, mientras dormía, seguramente los antepasados de los toros bravos hispánicos, propiedad de un rey de Tartesos de tal nombre. El botín de Caco fue de cuatro toros y otras tantas vacas y las llevó a su cueva arrastrándolas astutamente por el rabo para que Hércules no pudiera seguir su rastro por las pisadas, sin que diera resultado la estratagema pues a los mugidos de los toros que Hércules había conservado respondió con los suyos una de las novillas robadas guiando así al encolerizado semidiós hasta el escondrijo de Caco; sobrevino una terrible lucha entre ambos, en la que el gigante ladrón atacaba y se defendía vomitando fuego, sin poder impedir que Hércules le estrangulase y le arrancase los ojos. Según otra versión habría sido Caca, la hermana del ladrón, quien avisó a Hércules del robo y no faltan numerosas variantes de la lucha o de la amistad de los dos excepcionales seres. Algunas llegan a las invenciones más divertidas y alejadas de los datos mitológicos; Justo Zugarramurdi, en disparatada obra de 1881, escribió, nada menos, que Caco tuvo por nombre Licinio, que fue un celtíbero (a pesar del nombre romano), quien con ayuda de gentes de Tarazona se rebeló contra el rey de España, Palatuo (que nunca ha existido) 427 años después de la muerte de los Geriones (que no sabemos si saca de Tartesos para introducir en Tarazona); vence en la batalla al pie del Moncayo, donde nace el Chalybs (que, como otros, piensa que es el Queiles) y se convierte en rey, dando nombre desde entonces al Moncayo, «mons Cacum»; la cueva de Los Fayos habría sido su vivienda antes de la rebelión.

No acaban aquí las leyendas sobre Caco recogidas por los ingenuos autores y las referencias a Hércules en Tarazona, donde suponen que tuvo alcázar, luego convertido en Azuda mora y en palacio real cristiano para terminar en residencia episcopal. La cueva de Caco se describe varias veces con todo lujo de detalles y el humanista Juan Francisco Andrés de Uztarroz, al referirse al museo de Vicencio Juan de Lastanosa, que reunió en su casa de Huesca a mediados del siglo XVII un verdadero palacio de las musas, biblioteca e imprenta, menciona, textualmente: «Entre las monstruosidades, merece nota y admiración un hueso, extremo de la costilla de una pierna, pues hecho el compartimento por buena simetría, había de tener el cuerpo de que fue aquel hueso más de 25 palmos de altura. Hallóse en Moncayo y sería posible fuese de Caco, que por haber sido su albergue, se llamó en lo antiguo Mons Caci y ahora, con poca alteración, Moncayo». Esta noticia es semejante a muchas otras de hallazgos

de gigantes en toda Europa que se repitieron antes de que Boucher de Perthes y sus seguidores inmediatos definieran las osamentas y los sílex prehistóricos. Existieron muelas y huesos de gigante de Tarazona criticados por los autores de la España Sagrada. Y aun podríamos añadir a todo lo dicho la invención de Cessarón de Alcalá de Moncayo, realizada por fray Gregorio Argaiz, supuestamente según un escrito del monasterio de Veruela.

Menos fantásticas, aunque carezcan de comprobación, nos parecen cuantas invenciones traten de situar sobre lo alto del Moncayo, más arriba aun de donde los cristianos han erigido la ermita a San Martín, un templo u oratorio dedicado a Júpiter o a alguna otra divinidad pagana. Hallazgos que alcanzan cerámicas excisas hallstáticas documentan, eso sí, la vieja ocupación del monte. Sin duda la importancia de la antigua Turiaso motivó la vinculación de Hércules a la montaña como se unió también su nombre al Pirineo y a sus mitos. Tenía Tubal, uno de los fabulosos fundadores de Hispania, una hija llamada Pyrene (con el mismo nombre de la famosa fuente de Corinto), de la que se prendó el horrible Gerión, monstruo de tres cabezas y pastor de brutales costumbres. Huyó la doncella para no caer en manos de su tosco enamorado y se escondió en la maleza del bosque, que incendió el burlado y furioso gigante para obligarla a salir, relacionándose el nombre griego de la princesa con el fuego. Hércules, que cruzaba la península, advirtió lo que sucedía alertado por el humo y las llamas, oyó los gritos demandando auxilio de la desdichada, y acudió para prestárselo, pero no llegó a tiempo de salvar su vida y sólo de escuchar la triste historia y levantar en su honor la cordillera montando unos sobre otros enormes peñascos. Según otras versiones, Hércules, en uno de sus frecuentes raptos de brutalidad, embriagado, habría violado a Pyrene hija de Bebryx, su anfitrión, siendo los Pirineos, levantados por su mano, el resultado de su tardío arrepentimiento para purgar su crimen. Es interesante comprobar la vinculación de Hércules con las montañas quizá partiendo de sus descomunales fuerzas en consonancia con la robustez de los montes.

La fuerza del viril monte provocó que la atención prestada a su aislada silueta desde la Antigüedad se perpetuase en los tiempos medios y modernos, afirmándose los mitos del bosque y de las aguas, de hayas y pinos, robles y acebos, chordoneras y de mil matorrales que otorgan valor a las veredas. Íñigo López de Mendoza, que fue capitán de esta frontera en 1428 en nombre de Juan II de Castilla, escribió serranillas dedicadas a las mozas que la habitaban: «Serranilla del Moncayo/ Dios vos de buen año entero/ ca de muy torpe lacayo/ faríades cavallero.../ encima de Voxmediano/ vi serrana sin argato/ andar al pie del otero.../ Aunque me vedes tal sayo/ en Agreda soy frontero.../ En toda la sumontana/ de Trasmoz a Veratón/ non vi tan gentil serrana», celebrando así las gracias de las mujeres del Somontano con cita de Añón, Los Fayos, Torrellas, Trasobares y Moranas.

## LA LEYENDA DE LA FUNDACIÓN DE TARAZONA

Tarazona, la celtibérica Turiasu, luego romana Turiaso, centro de la comarca en todo tiempo, emisora de monedas ibéricas y latinas, asociada con la Cástulo celtibérica, tiene como armas un castillo coronado por sarmientos y racimos, con una flor de lis borbónica y dos escudetes con los palos de Aragón y la inscripción «Victrix» y «Tubalcain me aedificavit. Hercules me reaedificavit. Fidelissima Turiaso», con divertidas discusiones de escritores sobre si fue Tubal o Tubalcain el fundador sin faltar algún contemporáneo que meta en la aventura al mismísimo Caín fratricida. Argaiz no ve dificultad en que «Tubal Cain fuese el primer poblador de Tarazona porque el personaje fue herrero, el vecino Moncayo guarda hierro en sus entrañas y las aguas del río Queiles gozaron fama de ser óptimas para templarlo»; esta conseja irritó al P. Ranzón que, en su raro folleto *Gloria de Tarazona*, impreso a principios del siglo XVIII, escribió, «en los Vanchos colchados que hara cinquenta años que se labraron en Zaragoza, hizo poner un ciudadano el Tubal-Cain sin más fundamento que aver oido decir que avia precedido al Diluvio y introducida essa mayor antigüedad en su patria», y con ello se justifican las parras del escudo alusivas a Tubal, nieto de Noé, el primer cultivador de las uvas.

En cuanto a Hércules se le haría refundador de Tarazona porque, como ya hemos dicho, dio muerte al ladrón Caco que había robado sus ganados y los había escondido en una cueva del Moncayo, por lo que, con Pierres y Cesarón, se convirtió en héroe propio local y pasó a ilustrar, mediante grandes relieves de piedra, la fachada de la hermosísima casa consistorial. No terminan aquí las leyendas en relación con las armas de la ciudad, sino que se alude a la vid que se conservó fresca en Tarazona durante grandes sequías que azotaron a España, quedando patente la antigüedad anterior a la vieja Turiaso por el hallazgo, según la España Sagrada, «de huesos de gigantes de altura de 18 palmos o sea cuatro varas y media, los cuales se encontraron al abrir los cimientos de la Merced y de Santa Ana», al decir discretamente que, «por lo común son de megaterios u otros animales antediluvianos o quizá cetáceos de la época del Diluvio».

Las leyendas sobre Tarazona impregnan muchas de las historias de la comarca escritas al romántico modo del pasado siglo, como la referida a Asdrúbal, que conquistó Tarazona donde vivía Tago, que fue ejecutado por los cartagineses y un niño huérfano adoptado por él, Betel de nombre, que apuñaló a Asdrúbal para vengar la muerte de su padre adoptante, salvando así a Salduba de los ataques cartagineses.

## LA TÍA CASCA: HISTORIA Y LEYENDA DE BRUJAS EN EL MONCAYO

Gustavo Adolfo Bécquer escribió en 1864 en su retiro del monasterio de Veruela adonde había acudido para curar su tisis, una romántica y famosa serie de Cartas literarias. *Desde mi celda* y en la sexta de ellas, cuenta cómo

perdió el camino entre Litago y Trasmoz y fue advertido por un pastor de que anduviese con mucho cuidado por la áspera senda llamada «de la tía Casca», peligrosa porque, desde que fue despeñada la pobre vieja en tal punto, anda vagando su alma sin dueño, ya que ni Dios ni el diablo la han querido para suya, acosando y aterrizando a los inadvertidos pastores que se aventuran por aquellos parajes, gruñendo como un lobo entre las matas, dando quejidos lastimeros como los de un niño o llamando con su mano amarilla y seca, acurrucada en un rincón, a quienes pasaban por el borde del precipicio, agarrándose a sus pies y tratando de despeñarlos.

Es frecuente que los lugares boscosos sean escenario de fenómenos de este tipo con miedos que los griegos originaban en Pan, que silbaba y profería todo género de misteriosos rumores entre los árboles, ocasionando lo que se llamó desde entonces «terror pánico» o simplemente «pánico» que, para quienes no crean en las leyendas, resultará de la fusión del viento, la oscuridad y los cientos de ruidos indefinibles del bosque, sobre todo por la noche.

La tía Casca existió, realmente, y fue despeñada por las gentes del lugar hacia 1850; los periódicos de toda España dieron cuenta del suceso y algunos de los autores del crimen fueron condenados a presidio, aunque su acción fue saludada como un bien de caridad por la mayor parte de sus convecinos. Bécquer habló con testigos presenciales del hecho y conoció a algunas mujeres de la familia que continuaban en la ingenua práctica de la brujería.

La leyenda, tal como el pastor y una sirvienta la contaron al poeta o, al menos, como éste la transcribió, en lo que se refiere a la aparente muerte de la bruja, porque decían que muchos años después de despeñada seguía viviendo, es como sigue: La tía Casca era una bruja famosa en Trasmoz, de greñas blancas enroscadas como culebras, cuerpo encorvado, brazos disformes; las gentes del lugar le atribuían todo género de males y la persiguieron con garrotes y cuchillos hasta el borde del precipicio, arrojándole piedras que apenas podía esquivar; la acusaban de dar mal al mulo de uno o aojar al hijo de otro al que golpeaba por las noches, de haber echado suertes a la hermana de alguno, emponzoñado la hierba que habían de pastar los animales y embrujado al pueblo entero. A pesar de que la infortunada vieja se arrojó al suelo abrazándose a las rodillas de sus perseguidores, pidiendo a voces piedad, rezando, hasta ser herida, no la perdonaron y cayó o fue despeñada por el precipicio y murió en el fondo del arroyo. «Quien mal anda, mal acaba» fue cuanto se les ocurrió decir como responso a los causantes de su muerte. Cuando Bécquer quiso informarse de más detalles la sirvienta mostró recelos a contar lo que sabía porque, según ella, las brujas oían cuanto se murmuraba sobre sus personas, salvo los viernes que era el día de la muerte de Cristo. Presumió de que a ella no podía hacerle mal porque el cura al echarle el agua del bautismo no se equivocó ni dejó olvidada ninguna palabra del Credo, según comprobó tomando un cedazo después de las doce de la noche (las brujas tienen poder desde las ocho hasta las doce) y haciendo tres cruces sobre él teniéndolo suspendido en el aire

por el aro con las puntas de unas tijeras; al hacer esto si se ha olvidado alguna palabra da vueltas el cedazo por sí solo y si no, permanece quieto; y aun añadía que, por si acaso, acudía a la protección que le proporcionaba algo tan sencillo como mantener la escoba con el palo hacia el suelo.

La historia de la tía Casca, que historia cierta y terrible fue, tiene el aire de una leyenda y está ligada a la de tantas pobres mujeres o pícaras que explotaban la credulidad de sus convecinos y que, en todas partes, ganaron fama de brujas, sin que los progresos de nuestro tiempo hayan barrido estas muestras de ignorancia y superstición.<sup>3</sup>

## LEYENDAS DE MORAS EN LA ZONA DEL MONCAYO

Es bien conocido el protagonismo de los moros, según opinión de las gentes, en levantar milagrosamente puentes o edificios, abrir túneles o, en el caso de las mujeres, en enamorar a incautos jóvenes cristianos. En Tarazona, junto al fossal o almorabí, se apareció varias veces una hermosa mora a un grupo de atónitos jóvenes que no lograron saber quién era, pero años más tarde se encontró en el lugar una escarapela carmesí en cuyo interior se escondía una cruz de plata, lo que aumentó el misterio de las apariciones.

Estas narraciones se fraguan en lugares misteriosos o parten de formas naturales sugeridoras; otras entroncan con las medievales que tomaron cuerpo mucho después, sobre datos inventados, tal como la de Zuleya de Borja, relacionada con el gobernador Mutamín, astrólogo y nigromante, aliado con el diablo que le dio poderes para construir en una noche el castillo de Trasmoz que le valió para contener los ataques de los cristianos y que más tarde albergaría aquelarres de brujas, aunque de creer a Zurita la leyenda la inventaron moneaderos falsos que en las ruinas del castillo escondían su delictiva actividad y que con tales consejas alejaban, por el miedo, la curiosidad de las gentes al tiempo que explicaban los ruidos que se escuchaban consecuencia de su trabajo. El pacto con el diablo exigía que se le entregase la primera persona que viera ondear sobre las murallas de Borja el estandarte cristiano. En 1094, Mutamín casó con una cristiana cautivada en Almenar, que trocó su nombre de Isabel en Zaida, de la que tuvo una hija llamada Zuleya, nacida cuando los moros eran derrotados en Alcoraz. Zuleya fue educada secretamente en el cristianismo, pero tenía que ser entregada al diablo cuando Alfonso I clavó su estandarte en el monte Corvín y ella lo vio antes que nadie, lo que evitó Mutamín convirtiéndola en piedra con todos sus servidores y entregándose el mismo, lo que se corrobora en Borja cuando se dice: «Cuando los cristianos entraron en Borja,

---

3. SANZ ARTIBUCILLA, J. M.: *Historia de la Fidelísima y vencedora ciudad de Tarazona I*, Madrid, 1929. BÉCQUER, G. A.: *Desde mi celda. Cartas literarias*, ed. Col. Austral, Madrid, 1947.

la hija del rey moro y todos sus servidores quedaron encantados para que no se les llevase el diablo», y cada 20 de septiembre, fecha aniversario de la conquista, se ven tres fantasmas sobre el castillo de Borja, el palacio de Bulbuent y las ruinas de Trasmoz, que son Zulema, su aya Zulek que la educó en el cristianismo y el diablo, engañado como le ocurre siempre en Aragón, fantasmas que sólo pueden contemplarse con el amparo que presta la cruz de San Jorge. La entrega a un triste destino de la primera persona que ve una cosa o que nace, podría relacionarse con el mito griego de Ifigenia y su sacrificio.

## **LOS GIGANTES DE LAS FIESTAS**

Nada deben tener que ver con estas leyendas de seres gigantescos los gigantes de fiestas, inseparables de los cabezudos y que, en opinión de muchos, podrían ser una referencia a los vicios y a su deformidad. En Aragón se han enraizado en Zaragoza, Huesca, Calatayud, Tarazona, Borja y otros lugares, casi siempre por imitación de los de la capital. Parece que son de origen flamenco y sin duda tuvieron inicialmente un significado religioso, incorporándose a las procesiones del Corpus con gran fuerza en la Corona de Aragón, asumiendo el carácter simbólico que tienen grupos y comparsas y no faltando quien piense que se introdujo el primer gigante como representación de Goliath, el mal, descomunal en apariencia, pero vencido por David, y se sabe que tuvieron un carácter público, hasta el punto de que a principios del siglo XIX los de Zaragoza eran propiedad del Ayuntamiento, se guardaban en La Lonja y se les llamaba «la familia». Por otra parte los «cabezudos», inseparables de los gigantes, se fundieron con las «máscaras fustigadoras» armadas de látigos o vejigas hinchadas al extremo de un palo, y con personajes fantásticos como el «cipotegato» de Tarazona o el «chamarluco» del dance de muchas localidades que maneja unas extrañas tenazas de madera extensibles y plegables (en Aragón llamadas cómicamente «cortapichetas») de segura vinculación pirenaica y conservada en el País Vasco. A la larga podrían ponerse en relación con los lictores del viejo mundo romano.

## **LEYENDAS DE TRASMOZ Y VERUELA A TRAVÉS DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER**

En el somontano del Moncayo se encuentra un pueblecillo, Trasmoz, famoso por un supuesto aquelarre de brujas que no es sino invención legendaria difundida por las bellísimas cartas que el poeta Bécquer escribió para cubrir el ocio de su refugio en el monasterio de Veruela cuando trataba de recobrar su perdida salud.

La zona es famosa por un monasterio cristiano, el de Veruela, uno de los más bellos de Aragón, y por un poblado de la II Edad del Hierro fundado por

los iberos que explotaban el hierro de las entrañas del Moncayo, sin que sepamos el nombre antiguo, pero hoy bautizado con el de La Oruña, que se levanta cerrando el horizonte cuando se sale del cenobio y se llega hasta la llamada «cruz de Bécquer».

Zurita cuenta que en el castillo de Trasmoz se aposentaron monederos falsos en tiempo de Jaime I, que encubrieron su delictiva y remuneradora actividad inventando brujas y seres infernales que alejasen a los curiosos y sirvieran de explicación a su martilleo; la parva moneda aragonesa de vellón, que cambiaba de aspecto en sus detalles muchas veces contra la voluntad de los usuarios, no era difícil de falsificar, y los dineros y óbolos o meajas de la «moneda perpetua» aragonesa<sup>4</sup> proporcionaban pingües negocios a los desaprensivos que debieron ser muchos, a juzgar por el vellón falso que circulaba, y que si eran habidos sufrían todo el rigor de una ley nada blanda con los monederos falsos.

Naturalmente que Bécquer se ciñó a lo que se decía en la comarca de las brujas y del tenebroso castillo. Hemos de llevar la contraria a quienes piensan que Aragón es tierra propicia para brujas fundándose en argumentos tan débiles como los de las leyendas aplicadas a Trasmoz o la Maladeta y a otros lugares semejantes. La socarronería aragonesa manda a un aquelarre al tío Cerote, zapatero remendón, curioso y descreído, quien ante la necesidad de osculear al macho cabrío en su tenebroso ojete, requirió la lezna que llevaba prevenida para cualquier contingencia y asestó un mayúsculo pinchazo al mismo Satanás en las posaderas, oyéndose una ronca voz que decía: «Tío Cerote, otra vez aféitese el bigote», o al menos así se lo contaron en la misma comarca donde se levanta el castillo de Trasmoz al general Nogués. «Un soldado viejo natural de Borja», aunque el cuento se repita en Sevilla. Insistiremos sobre este divertido asunto...

Pero volvamos al castillo y a las brujas, más a aquél que a éstas. Cuando los moros dominaban la comarca el rey pasó por el lugar donde luego se levantó la fortaleza y manifestó en alta voz el gozo que le proporcionaría tener allí un puesto fortificado. Un viejo de humilde aspecto, como de mendigo, que por allí andaba, dijo que si se lo daba como alcaide perpetuo al día siguiente le llevaría a Tarazona las llaves de oro del edificio terminado. El rey y su séquito rieron la ocurrencia, dio el monarca una moneda de plata al pobre, para que con ella comprase pan y cebollas, y partió no sin prometer al viejo, que reiteraba su petición, que le confirmara en la alcaidía del inexistente castillo. Marchó el tal a la aldehuela de Trasmoz donde, a la orilla de un riachuelo, encontró a los pastores a quienes ofreció contratarlos como servidores y guardas de un famoso castillo de las inmediaciones, recibiendo de los incrédulos aldeanos burlas y negativas. No se descorazonó el mendigo y subió a una elevada roca provisto de un viejo libro y del cabo de una vela verde, pronunció conjuros

---

4. BELTRÁN, A.: *El dinero y la circulación monetaria en Aragón*, Zaragoza, 1981.

misteriosos, encendió la vela y en tal momento los espíritus de las aguas y de los aires, de la tierra y del fuego acudieron a su llamada en medio de una terrible tempestad, sacudiendo el monte tres veces y al amanecer ya estaba en pie un soberbio castillo con cinco torres de cuya construcción no quedan sino las ruinas motejadas de lóbregas por cuantos escriben sobre ellas, sin otra razón que la leyenda que ha cubierto sus piedras con los relatos de brujas.

Volvamos a Bécquer y oigámosle repetir lo que le contó la muchacha que le servía, dándonos de paso una versión de su traje que bien poco tiene que ver con el que habitualmente pasa por aragonés o «regional». Dice que la joven era «tipo perfecto del país, con su apretador verde, su saya roja y sus medias azules». El castillo de Trasmoz ahora ya en manos de los cristianos y abandonado a causa de los estragos que en él causaron las continuas guerras fronterizas entre Aragón y Castilla tenía a las brujas aposentadas en las ruinas, habiéndolas escogido por haber sido construido por un nigromante, incómodas porque el buen cura del pueblo, mosén Gil el Limosnero, con sus plegarias y exorcismos, libraba a sus feligreses de la acción perversa de las diabólicas mujeres que acudían anualmente al aquelarre. Tenía mosén Gil una sobrina, llamada Dorotea, más aficionada a trajes y galas que el pobre cura no podía comprarle que al desprendimiento hacia los menesterosos que constituían la obsesión del caritativo cura. Una tarde, víspera de la fiesta del patrono, viendo pasar a las jóvenes del lugar con sus vestidos nuevos y teniendo ella que ocupar su tiempo en amasar veinte panes más que los de costumbre para repartirlos a los indigentes, se dolía de su mala suerte cuando llegó ante ella una vieja mendiga que le pidió una limosna primero por amor de Dios y al negársela, por amor de su misterioso dueño (que no era otro que el diablo); le prometió que conseguiría para ella lo que deseaba si sustituía el agua bendita de la pililla de la cabecera de la cama de mosén Gil, de la que arrojaba unas gotas cada noche en dirección al castillo, por la de una botija verde que le daría y cubría con ceniza las tenazas (que abiertas en cruz impedían al mal entrar por la chimenea), dándole en prenda un anillo. Seducida por las promesas y deseosa de vestirse y alhajarse ricamente tanto como de verse libre del pesado trabajo de amasar, accedió Dorotea e hizo cuanto la bruja le había mandado. Al toque de ánimas aparecieron en su cuarto, uno tras otro, un gato gris, uno rubio, otro negro y hasta una quincena más de estos animales acompañados por sapos, con un cascabel colgando del cuello y vestidos con una casaquilla roja. El gato gris le habló y le dijo que para verles en su forma primitiva tenía que hacer tres veces la señal de la cruz con la mano izquierda invocando a la trinidad de los infiernos, Belcebú, Astarot y Belial. Así lo hizo la codiciosa Dorotea y los animales se convirtieron en mujeres que tejieron los más bellos vestidos, compusieron los más delicados zapatos y labraron las mas finas joyas con las que se adornó la coqueta muchacha.

De este modo las brujas tornaron al castillo y dominaron la comarca, enfermaron las personas y los ganados, los niños eran azotados por la noche en



sus camas y los sábados tras el toque de ánimas, acompañadas de las más extrañas músicas, las brujas, montadas en sus escobas volaban hasta el castillo. De Dorotea, excepción por su juventud y belleza, en el mundo de las brujas que son siempre viejas, greñudas y de horrible fealdad, descienden las generaciones bruñeriles que llegaron hasta la tía Casca, y a fines del siglo XIX vivían todavía las Galgas, madre e hija, de la misma familia. De la comarca era la tía Catalina, bruja de Santa Cruz de Moncayo que confesaba, sin rodeos, su profesión.

En la leyenda del monasterio de Santa María de Veruela, de la orden del Cister, es importante un paraje que llaman La Aparecida donde después se levantó una cruz, denominada ahora «de Bécquer» y que estaba casi arruinada en el tiempo que la vio el poeta, quien dejó una carta contando puntualmente lo que en el lugar ocurrió. Don Pedro de Atarés se retiró al castillo de Borja, del que era señor, después de la derrota de Fraga y la muerte de Alfonso I en Almuniente, sin aceptar la corona que los aragoneses le ofrecieron, apartado del mundo y dedicado a la caza en los bosques vecinos, el valle de Veruela y la falda del Moncayo. Una tarde, enfrascado en una cacería, cayó la noche sin que hubiera cobrado ni una sola pieza, cuando surgió ante él una cierva que huyó hacia la espesura acosada por don Pedro que pronto, con el ímpetu de la persecución, quedó solo, siendo sorprendido por una aparatosa tormenta y en grave peligro, ante el que se aclamó a la Virgen, que apareció ante sus ojos rodeada de brillantes luces para mostrarle el camino ordenándole que en aquel lugar erigiese un templo en su honor. Cuando el asombrado don Pedro corrió para besar el suelo donde la Virgen había permanecido, encontró en él una imagen de Nuestra Señora que, en improvisada procesión, se llevó hasta el castillo de Borja. Don Pedro de Atarés, cumpliendo las divinas órdenes, fundó el monasterio de Veruela al que acudió San Bernardo en persona para establecer su regla y asistir al traslado de la imagen desde Borja a la nueva iglesia. En el lugar de la aparición se colocó una cruz y una copia de la imagen de la Virgen.

## **EL DIABLO EN LAS TRADICIONES DEL MONCAYO**

La narración que sigue, significa una constante en las burlas del pueblo aragonés frente a un diablo infeliz e ingenuo, que cae preso en las tretas de un herrero en Calcena, según recogió Nogués en la zona de Borja, lo mismo que engañaron al mismísimo Pateta los herreros de San Felices o de Bujaraloz (dos versiones del mismo cuento) y la doncella de los Bañales.<sup>5</sup> Sucedió que cuando San José y la Virgen huyeron con el Niño de la persecución de Herodes fueron a parar nada menos que a Calcena, donde tuvieron que cambiarle las herraduras a la borrica, desgastadas por el largo viaje; apurada la Santa pareja porque los perseguidores les andaban a los alcances pidieron al herrero que las cam-

---

5. BELTRÁN, A.: *Introducción al folklore aragonés I*, Zaragoza, 1979.

biase colocándolas al revés para desorientar a los sicarios de Herodes que seguirían las huellas en dirección contraria; pero astuto o mezquino se negó el de la fragua a hacerlo si no se le remuneraba por su trabajo en moneda o, al menos, se le concedían cuatro gracias, una por cada herradura. La Sagrada Familia no tenía dinero, pero concedió las gracias apremiados por el peligro y aunque les disgustase la tacañería del avisado herrero. Las gracias que pidió y le concedieron fueron: que quien subiera a la higuera que había frente a la herrería no pueda bajar de ella si no lo autorizaba el dueño; que quien se sentase en el banco de junto a la puerta no pudiera levantarse sin su permiso; que quien bebiera vino de la bota se quedase con el brazo en alto sin poder bajarlo hasta que lo dijese el taimado herrero; y que quien metiese la mano en el agujero contiguo a la fragua no pudiera sacarla si no era con su aceptación. El caso es que el herrero de Calcena había vendido su alma al diablo y esperaba atemorizado que le reclamasen la entrega y con sus peticiones se preparaba para evitarlo. Satán mandó diversos mensajeros que quedaron atrapados por la higuera, el banco y el agujero de la fragua o con el brazo inmóvil y la bota en alto, sin poderse mover, y no los dejó escapar hasta que le hicieron promesa formal de dejarlo en paz con alma y todo. No sabemos si es invención de Nogués el que uno de los enviados fuera el listísimo Diablo Cojuelo, pero seguramente es creación popular el que mientras los diablos estuvieron amarrados por el poder divino a sus respectivos cepos fueran los chicos de la escuela quienes, con gran algazara, apedrearon y apalearon a los corridos diablos. Y quizá también la moraleja, que muestra que el pueblo no perdona a quienes tienen trato con el diablo o tal vez a quienes gozan de riquezas que no se sabe de dónde proceden, aunque se zafen del terrible compromiso. Cuando murió el herrero no le quisieron en el cielo a causa de sus maldades; ante el crudo frío intentó, como mal menor, entrar en el infierno para calentarse, pero cuando los diablos lo vieron cerraron la puerta de golpe despavoridos temiendo lo peor de aquel truhán, con lo que concluye la leyenda con esta sentencia: «Desde entonces a los egoístas no los quieren ni en el cielo ni en el infierno».

Lo que en otras regiones se carga a la cuenta de la acción de las brujas, en Aragón, se adjudica a los moros. En Tarazona un moro, acaudalado y poderoso, no respetaba la fiesta del domingo; estaba trillando un día en el que debiera descansar cuando se hundió con sus caballerías, trillo y servidores en un hoyo al pie del monte de la Ciezma donde hoy está el pozo de Aines, hondonada circular de quince metros de profundidad, testigo del hecho...

Tan escasas como las leyendas de brujas en Aragón son las de fantasmas o espíritus que desempeñen su papel. En Borja se conserva la tradición de un episodio histórico, con intervención de espíritus, en el siglo XVI, en la calle de San Bartolomé. Corría el año de 1563 y la ciudad estaba dividida en dos bandos nobiliarios rivales que se enzarzaban en enconadas luchas, ponían en peligro la seguridad de las gentes y mantenían en vilo a las autoridades; eran las familias de los Villarroya y los Marqués que no daban tregua a sus discordias.

Una noche hicieron su aparición en la calle de San Bartolomé dos pavorosos fantasmas ataviados con sayales blancos y portando fanales encendidos sobre su cabeza, desplazándose lentamente por el camino que lleva al Santuario de Misericordia. La repetición de estas apariciones se vio acompañada por la noticia que un pastor de la casa de los Marqués extendió atribuyéndoles la degollación, en tres ocasiones, de una veintena de reses en cada una. La historia terminó cuando la justicia, haciendo caso omiso de fantasmas, apariciones o intervenciones demoníacas, condenó a la horca a Martín Marqués y castigó a otros miembros de su familia y de los Villarroya, y los fantasmas no volvieron a aparecer ante el pragmatismo de los encargados de aplicar la ley.

Las cortes de Tarazona de 1593 excluían los delitos de brujería y otros semejantes de vías privilegiadas pudiendo sujetar a los acusados a juicio sumarísimo sin apelación.

## **TARAZONA Y «LA DOLORES»**

A García Arista le informaron de que Pascualón, ciego de vihuela y gayata, que vivía en Tarazona a fines del siglo XIX, recorría diversos pueblos ganándose la vida cantando coplas; en la posada de San Antón, de Calatayud, su «arte» fue espléndidamente pagado con dos cuadernas por una moza llamada Dolores, para la que inventó, como gratitud la copla que se hizo famosa en Calatayud. Feliu y Codina la oyó cantar a un ciego en la estación de ferrocarril de Binéfar, según su propia confesión, y de La Zaida, según García Arista. De la torcida interpretación de «amiga de hacer favores» salió La Dolores del Drama y de la ópera y zarzuela de Bretón. No interesa el resto de la historia o tradición, pero sí el que se atribuyese a Pascualón de Tarazona el origen de la copla.<sup>6</sup>

## **TARAZONA NO RECUA AUNQUE LO MANDE LA BULA**

Muy difundida esta frase, como timo, parece que nació de la conseja que suponía decisión de los componentes de una procesión que encontró su recorrido cortado inopinadamente por una tapia construida de la noche a la mañana en un punto del recorrido tradicional y que obligaba, en teoría, a volver sobre sus pasos y desandar el camino. Tras breve consulta que pudo ser tan sólo con la mirada y sin cambiar palabra y al decidido grito que estamos explicando, la procesión con cruz alzada y todos sus componentes, andas y santos, saltó la tapia y siguió adelante. El cuentecillo se inserta en el tópico de la tozudez o terquedad. Si non e vero e ben trovato...

---

6. BELTRÁN, A.: *Introducción al folklore aragonés. Cantos y bailes II*, Zaragoza, 1980.

## DEVOCIONES EN LAS TRADICIONES TURIASONENSES. MOROS, CRISTIANOS, SUPERSTICIONES Y BRUJAS

La fácil islamización de toda la Península provocó esfuerzos para mantener la fe en las comunidades cristianas sometidas, partiendo sobre todo de los exiguos núcleos que quedaron libres en la zona pirenaica y de la población mozárabe tolerada en territorio musulmán. Se magnificaron las figuras de los fundadores religiosos, muy en contacto con el mundo transpirenaico, las canonizaciones inauguradas con la de San Atilano de Tarazona por León III en 1098, los martirios que estimulaban y fortificaban las conciencias, como el de Santa Orosia en Yebra de Basa o el de las hermanas Nunilona y Alodia en Huesca y, desde luego, innumerables milagros y hechos prodigiosos. La apertura del Camino de Santiago tras la caída de los Santos Lugares en manos de los turcos significó un contacto cultural y religioso permanente con Francia y a través de ella con los demás países europeos. Santos franceses se incorporarán a las devociones aragonesas.

En ésta la época en la que más necesario resultaba el apoyo de la fe para la difícil empresa del descenso hasta el valle del Ebro de los ejércitos aragoneses, y de los contingentes que se les añadieron procedentes del sur de Francia surgieron muchas de las tradiciones religiosas. Algunos de los santos de estos siglos representan en Aragón este movimiento entroncado con el eremitismo y los monasterios. Tal es el caso de San Prudencio,<sup>7</sup> tenido por vascón de origen, según la tradición compañero durante siete años del eremita San Saturio de Soria (que nació el 493), predicador en Calahorra donde obró muchos milagros y muerto cerca de Tarazona de donde fue obispo, discutiéndose por los pueblos relacionados con el santo varón dónde se enterrarían sus restos. La tradición dice que se decidió cargar su cuerpo sobre un mulo al que se le dejó caminar a la ventura y se le diese tierra allí donde se detuviese; lo hizo en el cerro de Latuerce, cerca de Logroño, donde se fundó un monasterio en su honor, conservándose las reliquias en Nájera y en Tarazona, de cuya diócesis es patrón. Tiene mucho interés la repetición de la tradición de la mulilla como instrumento del designio de la providencia, lo mismo que en la de los Corporales de Daroca. Pasa San Prudencio por ser el primer obispo de Tarazona, en el siglo IV, ya que los supuestamente anteriores parecen inventados y, como dice muy bien Sanz Artibucilla, «no hay que detenerse ni un momento en relatar patrañas», a la hora de referirse a santos obispos mozárabes inventados por los falsos cronicones y concretamente el de Auberto, y los mártires San Sacerdote, presbítero del 440 y San Alberano del 718. De todos modos se supone que si Prudencio fue ordenado por un obispo turiasonense es señal de que la sede y el obispo existían y la tradición le ha dado el nombre de Sentino o Sancho; la fecha del obispado de San Prudencio es incierta y los datos proceden del «Brevariario de Tarazona».

---

7. SANZ ARTIBUCILLA, J. M.: *Historia de Tarazona, op. cit.*, II, p. 455.

San Atilano nació en Tarazona<sup>8</sup> hacia el 939, aunque no hay seguridad en la fecha, según la tradición fundada en el breviario turiasonense, aunque otras ciudades se disputen el haber sido su patria. Formado en el monasterio de Los Fayos, pasó a León para seguir a San Froilán, llegando a ser obispo de Zamora. Una bella tradición asegura que repartió sus bienes entre los pobres y que antes de un viaje que hizo a Tierra Santa arrojó su anillo episcopal al Duero, desde un puente próximo a la iglesia de San Lorenzo, diciendo: «Cuando te vuelva a ver estaré seguro de que Dios ha perdonado enteramente mis culpas», según cuentan el breviario zamorano y los Bolandistas; de regreso de su viaje de peregrinación y penitencia que duró dos años, fue alojado por un matrimonio de ermitaños de San Vicente de Corfú quienes recogieron en el palacio del obispo la limosna de tres pececillos que les cambiaron por uno mayor al saber que tenían un huésped; al partir un pescado halló en su vientre el anillo, volteando solas todas las campanas de Zamora; acudieron todos a la ermita y hallaron a su obispo revestido de pontifical. Murió, septuagenario, en 1009, fue sepultado en San Pedro de Zamora y recibió culto en la diócesis de Tarazona donde se guarda una reliquia.<sup>9</sup> La ciudad celebra su fiesta el 5 de octubre y otras tradicionales «los Sanagustines» a partir del 27 de agosto.

En relación con hechizos y brujería está el prodigio obrado en Vera, en la persona de Brígida Pérez, el año 1599, poseída por los malos espíritus, sin que le valieran los exorcismos normales en su tiempo a que se sometió. Acudió al monasterio de Rueda a pedir su liberación por medio de una reliquia de San Bartolomé, luego al de Veruela, al monasterio de Piedra, a Arnedo por mediación de San Cosme y San Damián, sin que las novenas hicieran efecto más que por un tiempo limitado. No fue más eficaz la acción de fray Diego de Yepes, obispo de Tarazona. Acudió la desdichada a la ermita de Santa Juliana, en Jaca, donde había una cadena a cuyo contacto se lanzaban los demonios fuera del cuerpo y al paso por Zaragoza, el día de la Ascensión de 1601, se hizo exorcismo dirigido contra los tres demonios que la poseían Nicol, Natanaal y Leleel, con cincuenta «arrimados» más y Angelol como principal de ellos, que «aunque con gran repugnancia ofrecieron salir y no volver al cuerpo de aquella muger el Sábado siguiente por la mañana a la Misa de los Infantes... pasando a dar por señal de su salida que darían cuatro golpes en la puerta principal de la Iglesia y mandados que no hiciesen daño a la espiritada, respondieron que los dexaría atormentarla María del Pilar», como así sucedió sin que la relación aclare si la salida de los demonios del cuerpo de la pobre mujer fue definitiva. El interés de este relato está en la lista de lugares donde se practicaban habitualmente en Aragón ritos y exorcismos en favor de los espiritados, entre ellos Tarazona.<sup>10</sup>

---

8. SANZ ARTIBUCILLA, J. M.: nota 35, I, Madrid, 1929, p. 227.

9. SANZ ARTIBUCILLA, J. M.: *Historia de Tarazona II*, p. 455 y p. 227.

10. BELTRÁN, A.: *Leyendas Aragonesas*, *op. cit.*

Respecto de las tradiciones de vírgenes halladas por seres sencillos o irracionales, que no son creídos por las gentes de su pueblo hasta que se otorgan «señales» del prodigio, levantándose ermitas en el lugar de la aparición ante la negativa de la imagen a ser trasladada a otros sitios. Junto al Queiles se halló en Tarazona la Virgen del Río, supuestamente arrastrada por las aguas hasta que fue hallada; apareció solamente la cabeza, coronada, labrada en piedra, según actas del Cabildo de 1668; más tarde se colocó sobre un cuerpo de madera de ciprés, revestida de una capa de escayola y pintada y entronizada en la ermita de San Marcos, en el «Huerto del Sauce»; en 1672 se trasladó a su capilla de la catedral, siendo declarada patrona de la ciudad. Un interés especial tiene la Virgen del Moncayo, cristianización de la montaña sagrada del mundo antiguo, que se supone llevada a Tarazona y restituida por su propio impulso a la peña donde apareció. Nuestra Señora de Veruela, al pie del Moncayo y no lejos del poblado ibérico de La Oruña, fue fundación de Pedro Atarés, de Borja, apareciéndose la imagen, según la tradición que ya contamos, sobre una encina, donde fundó el monasterio.<sup>11</sup>

Los santos de mayor valimiento en los siglos XII a XIV corresponden a órdenes mendicantes de predicación, esencialmente, y muchos de ellos son recordados como fundadores de conventos. Uno de ellos, San Raimundo de Fitero, sería el fundador de la Orden Calatrava en 1158; la tradición lo hace originario de Tarazona,<sup>12</sup> de cuya catedral fue canónigo, llamándolo San Raimundo Serra, según el breviario turiasonense «varón santo y supremo capitán de ambas milicias, la celestial y la terrena», que ganó incalculables batallas a los sarracenos y al demonio. Su vida está envuelta en gran oscuridad aunque sabemos que se dedicó a la vida monástica del Cister, fundando la abadía de Fitero en Navarra. La tradición sitúa también su patria en Tarragona, confundiéndola seguramente con Tarazona, o bien en Barcelona o Asturias o quizá de origen francés. Murió en Ciruelos, cerca de Toledo, en 1163, y allí fue sepultado.

## **UNA LEYENDA SOBRE PEDRO CERBUNA, OBISPO DE TARAZONA, FUNDADOR DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA**

Pedro Cerbuna, nacido en Fonz (Huesca), canónigo y obispo, es un personaje histórico cuya vida se conoce con detalle; fue hombre de gran tenacidad a cuyo empeño se debió, en gran parte, la fundación de la Universidad de Zaragoza y la dotación de medios para su funcionamiento. Obispo de Tarazona en

---

11. FACI, Fray R. A.: *Aragón Reino de Cristo y dote de María Santísima*, Zaragoza, 1739; el título añade... *fundado sobre la columna inmóvil de Nuestra Señora en su ciudad de Zaragoza, aumentado con las apariciones de la Santa Cruz. Santísimos misterios, Milagros del Santísimo Sacramento. Imágenes singulares de Christo Nuestro Señor y con las Aparecidas, Halladas, Antiguas y Milagrosas de Nuestra Señora en el mismo Reyno*, editado en facsímil en Zaragoza, 1979. AZAGRA, V.: «La Virgen del Río, patrona de Tarazona», *Programa de Fiestas*, 1987, s. p.

12. SANZ ARTIBUCILLA, J. M.: *Historia de Tarazona I*, p. 287.

1585, fecha de su muerte, acudieron multitudes a adorar sus reliquias antes de enterrarlo, acompañándose el óbito de luces y resplandores y del prodigio de que las hachas de cera que alumbraban su cuerpo no menguaban ni se consumían. Muchos que besaron sus manos curaron de enfermedades y «queriendo llegar a besarle la mano un niño que llamaban N. Ochaz y no pudiendo llegar (o por el concurso de gente o por ser pequeño) el Santo Obispo bolvió la mano, como si fuera vivo y se la dio que la bessase y luego la puso en cruz como la tenía antes sobre los pechos» (B. Lanuza); en Alhama de Aragón le buscaron aposento en una estancia bajo un palomar donde los zureos y ruidos de las palomas no dejaban conciliar el sueño a todo el barrio, cosa más grave para Cerbuna que por sus dolencias pasaba las noches en blanco; pues bien, mientras el obispo de Tarazona estuvo allí alojado las aves permanecieron en total silencio. Lo que no cuenta la tradición es las razones que tuvieron para asignarle tan incómodo dormitorio.

Según otra tradición, por mediación del Cristo del convento de la Purísima de Tarazona la madre Jerónima de Orti a la que se atribuyeron muchos prodigios avisó por un Niño que se le había aparecido que Mariana de Austria, esposa de Felipe IV, tendría sucesión, anunciando así el nacimiento del futuro Carlos II.

## **OTRAS COSTUMBRES Y TRADICIONES DE TARAZONA**

En la última parte de esta ponencia recogemos algunas noticias dispersas de diversos usos y costumbres de la comarca del Moncayo, expuestas aisladamente y sin atender a los planteamientos generales que extenderían este escrito más de lo conveniente. Por otro lado, una buena parte de los usos tradicionales y su expresión material son los mismos de la más amplia comarca del Aragón medio, en función del clima y el paisaje, de la economía y de los factores históricos que convirtieron esta comarca fronteriza en campo de pugnas medievales con Castilla. Como elementos festivos hallamos en todas partes el repique de campanas, encender hogueras en las vísperas, vaquillas (y recientemente encierros en Tarazona), comidas excepcionales con aditamentos como el «pan dulce», etc.

Tarazona es además una ciudad de corte y ambiente mudéjar, lo que otorga a sus antiguas morería y judería unas especiales características en orden a las leyendas nacidas en diferentes lugares del caserío, especialmente en el barrio del Cinto, lleno de calles en cuesta, «escaleras de cojo», y lugares singulares como la sinagoga de la Rúa Baja, el Barrio Verde, la plaza de la Cárcel Vieja, etc.<sup>13</sup>

---

13. MORENO LAPEÑA, J. L.: *Tarazona. La ciudad mudéjar y su comarca*, Zaragoza, 1987, con textos y dibujos del autor.

Estas características generales se repiten en la casa y la habitación en general con rasgos análogos a los edificios de la depresión del Ebro, utilización del adobe y el ladrillo, con introducción de la piedra sillar frecuentemente en las hiladas inferiores para confiar el resto al ladrillo mudéjar, influencia de la vida agrícola en la distribución de los espacios y en las construcciones auxiliares en el campo. La proximidad del Moncayo y de sus bosques permite en Borja, Tarazona y su comarca la utilización de entramados de madera en los muros de la última planta. Tiene interés también la aparición de bodegas, silos y hasta viviendas en cuevas artificiales como las de Ainzón, Borja o Maleján, con plantas relativamente complicadas, llegando a tener cuatro habitaciones, vestíbulo, cocina, dos alcobas y una despensa que hace el papel de granero, y aberturas al exterior en la puerta y en la cocina o habitación que da al frente exterior.<sup>14</sup> En el campo de Tarazona quedan casetas refugio de pastores y labriegos, de piedra, con técnica semejante a la de falsa cúpula e hiladas en saledizo, con ejemplares en la clesma o diezma de Grisel.

En las afueras de la ciudad, carretera hacia Soria, una cruz, humilladero o picota cobijada por un posterior templete de ladrillo tiene aparte de su interés monumental un cierto entañamiento en las costumbres populares como punto de referencia y advertía mediante un ingenuo verso escrito en azulejos de Muel: «Cristiano / caminante / detén tu marcha un momento / haz la señal de la cruz / y luego sigue adelante», al modo del «siste viator» de las inscripciones romanas. Aunque la opinión no pase de ser una fantasía, vale la pena anotar la de José Hernández, profesor del seminario tarazonica.<sup>15</sup> El «Crucifijo» señalaba el término de las rogativas dirigidas a San Marcos, y para el autor citado era ni más ni menos que la columna de Hércules (no sabemos si pensaba en la de Abila o en la de Calpe, aunque muy lejos caerían del estrecho de Gibraltar); estaba apoyada en cuatro cabezas de caballo que marcaban una cruz, señalando los cuatro puntos cardinales, marcadas con el signo S, que pensaba significaban la consagración al sol, salvo que las cabezas fueran de carnero y los signos la estilización de los cuernos; razonaba a su aire la antigüedad de la columna cobijada por el templete del siglo XVI porque el artista conocía el arte celtibero y que el crucifijo que remataba la columna sustituyese al disco solar que recibiría el culto pagano y que se reduciría al toro que corona el capitel de la columna. El ingenuo comentarista bien pudo pensar en el culto al toro tan difundido en Aragón y en cualquier otra explicación no menos fantástica; pero hablando de creencias populares podemos hallar aquí el origen erudito e inventado de algunas de ellas.

---

14. ALLANEGUI, A.: *Arquitectura popular en Aragón*, Zaragoza, 1979. ÁLVARO ZAMORA, M. I.: «La arquitectura popular aragonesa», *Estado actual de los estudios sobre Aragón II*, Teruel, 1978, p. 1077.

15. HERNÁNDEZ, J., «La columna de Hércules en Tarazona», *La cultura intelectual*, revista del Seminario.



La indumentaria y adorno son semejantes a las del Aragón medio aunque den que pensar las noticias de Gustavo Adolfo Bécquer respecto de las prendas femeninas de las montañesas del Moncayo y los grabados de su hermano Valeriano sobre trajes.<sup>16</sup>

Entre las costumbres de carácter religioso cabe citar representaciones teatrales en presencia del Santísimo según consta en la diócesis de Tarazona y concretamente en Ágreda. Con ocasión de la Navidad se celebraba en Tarazona la fiesta de los asnos, que se sumaba a la del «niño en verde» o el repique de campanas llamado «alaguico y a la o». Ocurría la cosa en la iglesia de Santa María y seguramente por la participación que la borrica tomó en salvar a la Sagrada Familia de las iras de Herodes en la huida a Egipto; el 15 de enero desfilaba una cabalgata que subía hasta la catedral formando las burras de la ciudad alhajadas con los mejores atalajes, montadas solamente por mujeres y en la de más alzada y prestancia una niña, entrando ésta con su cabalgadura hasta la nave central, acompañada de los canónigos revestidos con capas pluviales; después de la misa las mujeres desfilaban ante la borrica, llevando a los hijos en brazos.

Desde el siglo XIV en la catedrales de la Corona se elegía un obispillo, como en toda Europa, que gobernaba solemne y cómicamente, con gran regocijo de los canónigos, durante todo el día, llegándose a acuñar monedas de plomo en Amiens con tipos burlescos e irrespetuosos. Entroncan estas costumbres con los ritos de inversión, las saturnales y hasta con el «mundo al revés» celebrado en aleluyas hasta el pasado siglo. En Tarazona la «festa stultorum» consistía en la elección de un obispillo, que parodiaba la acción del obispo, durante todo el día, durando la costumbre hasta el siglo XVI.

La mayor parte de las fiestas religiosas o cristianizan antiguas celebraciones o se distribuyen en la conocida cuarentena de sacralización del año en el calendario litúrgico o se asocian a momentos importantes para las tareas agrícolas y, en esta comarca en menor medida, al pastoreo. De aquí que como en todo Aragón, en la zona del Moncayo se guardase fiesta el 29 de septiembre, San Miguel, final de la trilla y fecha de ajuste y cese de contrataciones hasta el punto de ser la frase «hacer San Miguel» sinónimo de cesar o despedirse de un trabajo; la Asunción, el 15 de agosto, solemnizaba el remate de la siega, y San Sebastián hacia el 10 de mayo como inicio del año pastoril.

En Tarazona, se iniciaba la fiesta de San Antón, protector de los animales domésticos, como tantas otras con el canto de auroras por los rosarieros de madrugada, llamados aquí «llamadores»: «Por servir a Dios en pureza/ se fue a los desiertos San Antonio Abad./ Tu cristiano/ vives empolvado/ entre los placeres/ con serenidad./ Donde Satanás/ pone lazos para ver si en ellos/ caes miserable/ y te condenarás»... No deja de tener su gracia la serenidad de los

---

16. BELTRÁN, A.: «Sobre el traje popular aragonés», *Andalán* 38, 1-15 junio 1982, p. 17.

cristianos al gozar de los placeres. Había un «pairón» o pilar de San Antón en la plaza de los Melones, y los labradores de los barrios del Cinto, de San Miguel y de la Almehora con sus caballerías limpias, esquiladas con artísticos dibujos a tijera en las ancas, daban tres vueltas a su alrededor; con esta ocasión se abría un hoyo ante la ermita de la Virgen del Río y si los animales al cumplir el rito de las tres vueltas lo salvaban es que quedarían libres de desgracia en todo el año; en caso contrario se extremaban las súplicas a San Antón a través de una estampa colocada en la cuadra para que salvase al animal que había «metido la pata»; por la noche había ronda en el barrio de San Miguel, dedicada a los mozos «amonestaos» que habían de pagar la «manta» y en ocasiones se hacía bailar en la calle a los novios, consumiéndose el resultado de la recogida en una merienda. Del mismo tipo era la fiesta «del ringle» el día 19 de junio en honor de San Lamberto, también del gremio de labradores, llamándose así porque acudían a la catedral formando dos «ringles» con su bandera verde; el abanderado vestía con traje de panilla de color castaño y vivos verdes y portaba espada; se volvía a la casa de los labradores con la misma formación donde se celebraba una reunión alegrada con «magdalenas» y vino dulce, acordándose solicitar del ayuntamiento la celebración de la romería del «Quililay».

Existía también la costumbre del «Rey de Espadas»; alhajaban unas mulas y una de ellas era montada por un mozo convertido en rey como denotaba una corona de cartón y armado con una espada, lo más larga posible, que podía ser de madera; lo de exagerar las dimensiones era porque con ella en la mano y sobre su montura recorría las casas que tenían caballerías con su cortejo, cantando y pidiendo roscones que ensartaban en la espada, para hacer con ellos una merienda. Víctor Azagra recogió estas noticias de la tía María la Carrasca, que vivía en la placeta de Marimancebo, también a cargo de los mozos del barrio de San Miguel, vistiendo el que recogía los roscones de «caballo de espadas» de la baraja y montado en una caballería blanca.<sup>17</sup>

Otras fiestas religiosas son la de San Vicente, el 22 de enero, con meriendas en su ermita, en la que lo tradicional es comer tortas de chorizo. Se conoce una aurora dedicada al santo: «San Vicente, diácono glorioso/ pasó los martirios/ de la ley de Dios/ que su cuerpo/ tendido en el ruejo/ bendice y alaba/ a nuestro gran Dios», en la que asombra tanto como el martirio de la ley divina el que se tendiera al santo sobre la piedra de molino que sirvió de lastre en su martirio; San Blas se celebra el 3 de febrero con bendición de roscones adornados con confites que curan o previenen los males de garganta; San Jorge, el 23 de abril, día de «la culeca», con merienda de pastel sobado con huevo duro que se celebraba en «Las Peñas» o «Raboseras»; Santa Rosa con celebración el segundo día de Pascua, en la ermita situada en la «Plana del Rosel», con los juegos infantiles de niñas con la inevitable comba o de mocetes de saltacabrilla «a la una lleva la mula» y otros semejantes, o de ambos sexos como «tú la lle-

---

17. AZAGRA, V.: «La festividad de San Antón», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 12 enero 1986.

vas» y tortilla de chorizo y naranjas como merienda; a la Virgen de Veruela se le cantaban los gozos iniciados «Iris de paz/ que consuela al desvalido mortal/ Salve Virgen de Veruela/ Salve, Reina celestial./ Nuestros valles, Virgen pura/ blanco lirio del Edén/ con tu divina hermosura/ engalanados se ven;/ ocho siglos ha que gozan/ de tu aroma virginal, etc. «El día primero de mayo, quizá memoria de las fiestas de primavera, se celebra con «sartenada» en el campo. En principios de febrero se hacía el «pan dulce» por ser la época en que se contaba con manteca y que acompañaba cualquier manifestación festiva.

En Tarazona y en 1790, en ceremonias públicas de proclamación real, los distintos oficios prepararon comparsas que nada tenían que ver con su trabajo; así los zapateros desfilaron vestidos de turcos, los sogueros y alpargateros de húngaros, los tejedores de miqueletes, los sastres de coraceros y los pelaires trataron de ganar la competencia que se entablaba con los otros gremios para sorprender al público llevando en su comparsa un rey turco y dos osos fingidos, a los que sería atrevido tratar de buscar ocultas significaciones, puesto que completaban su oferta con dos amas de cría que daban de mamar de enormes pechos a sendos muñecos, con grandes aspavientos y, de cuando en cuando, los lanzaban al público, recogéndolos de nuevo con las cuerdas a las que iban atados; lo que resulta curioso es que las gentes conocían esta broma de antemano y no obstante la celebraban con grandes risas y gritos como si fuera novedad.<sup>18</sup> También fue novedad que se acompañase la fiesta por una corrida de novillos interviniendo dos picadores de vara larga.

Muchas costumbres tradicionales se han perdido; la «ronda de los serenos» que los congregaba a las diez de la noche ante la fachada del ayuntamiento armados con el inevitable chuzo, cantando la hora el cabo que los presidía, acompañando a la información del tiempo que hacía y precedido por la salutación consagrada «alabado sea Dios, las diez, sereno», cuando no había que prevenir del «nublado»; cada uno marchaba a su barrio y repetía la cantilena cada cuarto de hora, marcándose así el término de la vida en la calle y la advertencia a los muchachos que rebasar tal hora era peligrosa trasnochada.<sup>19</sup>

Han desaparecido también los «llamadores» del rosario de la aurora que salía entre la fiesta de las Cruces de septiembre y de mayo, diariamente, que regresaba a la iglesia de la Virgen de las Mercedes a la hora de misa primera; los «llamadores» precedían al rosario, con campanillas, que despertaban a los vecinos con coplas como la «grande»: «El rosario es un huerto precioso/ que cría las flores de su Majestad;/ quien lo reza y lo lleva consigo/ María Santísima le libra del mal. / Pues no hay que dudar/ que por medio del Santo Rosario/ las

---

18. SERRANO MONTALVO, A.: «Formas peculiares de diversión en Zaragoza a principios del siglo XIX», *Etnología y Tradiciones Populares*, Zaragoza, p. 471. BELTRÁN, A.: «Fiestas aragonesas en 1789 y 1790» y «Algo sobre las fiestas en Aragón», *De nuestras tierras y nuestras gentes*, III, Zaragoza, 1972. Relaciones impresas de conmemoraciones de jura, por SEBASTIÁN Y LATRE, Th. (1783) GÓMEZ ZALÓN, J. (1747) ARAMBURU DE LA CRUZ, M. V. (1760), ESCUDER, F. (1724), etc.

19. BELTRÁN, A.: *De nuestras tierras y nuestras gentes* II, Zaragoza, 1970, p. 79.

almas benditas/ van a descansar./ Aurora del Dios divino/ que al mismo Dios enamora/ socorred al que os llama/ Virgen Santa, bella Aurora./ Oh blanca azucena/ Oh divina Aurora/ Oh Virgen del Rosario/ dadnos, dadnos la gloria». Esta costumbre extendida por todo Aragón a partir del siglo XVII, con la misma música, entroncaba con las «auroras» y en Navidad zambombas y panderas sustituían a las campanillas y los villancicos a las coplas de rosario.

El maestro Mingote recogió cantos religiosos como el dedicado al Santo Cristo o a San Atilano, ambos con la misma música, con las mismas ingenuas letras de todas partes para estas composiciones: «Tarazona se llena de gozo/ porque tiene un hijo de fe y religión/ que se llama glorioso Atilano/ y que nos acoge con su protección./ Feliz situación/ lo tenemos sentado en su silla/ en la propia casa/ en donde nació».<sup>20</sup> Se conoce también un Ave María del barrio de San Miguel y gozos dedicados a las Vírgenes de Veruela y del Moncayo.

Los villancicos eruditos y de letras complicadas y nada populares, aunque por el proceso de simplificación, anonimato e intemporalidad se convirtieran en patrimonio del pueblo, nos muestran ejemplos como el de Tarazona: «Tan, tan, van por el desierto/ tan tan Melchor y Gaspar/ tan, tan, les sigue un negrito/ que todos le llaman/ el rey Baltasar». También de Tarazona es el que repite modelos conocidos en toda España: «Madre, a la puerta hay un niño,/ más hermoso que el sol bello/ supongo que tenga frío/ el pobrecillo está en cueros./ Anda y dile que entre/ se calentará/ porque en esta tierra/ ya no hay caridad./ Entra el Niño en la cocina/ y calentándose estaba/ le pregunta la patrona/ de qué tierra y de que patria/ El Niño responde: yo soy de Belén/ mi madre es María/ y mi padre, José»; conocemos otra versión extremeña y en otros sitios de Aragón hemos recogido la que quizá sea la más antigua, pues se dice «porque en esta tierra, aún hay caridad», más congruente con el resto del texto. Con frecuencia se funden los temas del villancico y de la petición de cabo de año; en Tarazona, por ejemplo: «La zambomba tiene un diente/ y la muerte tiene dos/ y el chiquillo que la toca/ tiene ganas de turrón./ Dale que dale que dale/ dale a la zambomba/ dale que le dale/ hasta que se rompa».

La romería del «Quililay», del día 4 de julio, se conserva aunque con bastantes alteraciones; tiene como meta el santuario de la Virgen del Moncayo. Hay noticias desde 1629. Antes se oía misa en la catedral y se subía al monte por el camino viejo a lomos de burros y mulas; se hacía un alto en la fuente del Sacristán y se oraba ante la Virgen, cuya ermita se levanta a media ladera del Moncayo; seguían diversos festejos en la explanada. Al día siguiente se celebraba misa con sermón, entregando el sacerdote que subía en la romería, al celebrante, la capa pluvial y asistiendo representaciones del conejo y cabildo turiasonenses, y tenía lugar una copiosa comida. El regreso se hacía formando cortejo que era recibido en la Cruz, en las afueras de Tarazona por la corpora-

---

20. MINGOTE, A.: *Cancionero musical de la provincia de Zaragoza*, Zaragoza, 1950, y reimpresión de 1974 con introducción de BELTRÁN, A.

ción municipal y gran gentío. Durante la peregrinación se había rogado por las cosechas; ahora se formaba una procesión presidida por la cruz alzada y dos portacirios que personificaban al «cierzo» y al «regañón», los dos vientos dominantes en la comarca. Los romeros llevaban consigo ramos de rebollo y acebo. Una monótona música de tambor y clarín acompasaba el desfile y se interpretaba el sonido de los palillos al entrechocarse con la onomatopeya «quililay, lay, lay...», que ha dado nombre a la romería. En la explanada de la catedral el cabildo recibía a los romeros, se rezaba una salve en acción de gracias y se continuaba hasta el Ayuntamiento donde era el alcalde quien agradecía a los asistentes su concurso. En la actualidad el concejo invita a los romeros a migas. Otras romerías suben a la Virgen del Moncayo alternándose con otros pueblos castellanos.

Casi ha desaparecido en Tarazona la ceremonia religiosa del Descendimiento, en Semana Santa, semejante al «abajamiento» de otros lugares de Aragón, quedando únicamente en la iglesia de San Francisco. Se ha perdido la presencia de «ensacados» que se flagelaban en la procesión.

## EL CIPOTEGATO

Este singular personaje no debe ser anterior a finales del siglo XVII y formaba parte de la comparsa de la procesión del Corpus, aunque en nuestros días se ha convertido en motivo de un festejo autónomo, el 27 de agosto, exactamente a las doce del mediodía.<sup>21</sup> Las noticias escritas más antiguas proceden del archivo de la catedral de Tarazona dadas a conocer por Carlos Escribano, de fines del siglo XVIII prohibiendo por «justas y razonables causas» la salida en la víspera del Corpus del «Pellexo de Gato» e insistiendo en que «se acalle a los muchachos», lo que documenta que éstos debían insultarle y proferir palabras inconvenientes como suele ocurrir con todas las «máscaras fustigadoras»; por los años 30 los muchachos cantaban las horas del mediodía y al gritar «doce» salían corriendo en dirección a la calle Mayor, el Puerto y bajar por San Atilano al paseo de San Juan, para subir de nuevo al Ayuntamiento por la calle del Hospital, acompañando al Cipotegato, los cabezudos y la música, sin otros proyectiles que algún troncho de col y los verbales. Otra anotación habla del abono de cantidades, algunas de las cuales «pagan pellexo de gato». De esta forma en el siglo XVIII dependía el Cipotegato del cabildo, que pagaba sus gastos, salía la víspera del Corpus y era independiente de las danzas de tal día; más tarde pasó a vincularse al concejo como los gigantes y las danzas de la

---

21. «El Cipotegato», *El Norte*, Tarazona, 29 agosto 1930 (sin autor pero seguramente de SANZ ARTIBUCILLA, J. M.); RODA HERNÁNDEZ, J. M.: «El Cipotegato de Tarazona y otros personajes similares», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 1981, p. 83. ESCRIBANO, C.: «El cipotegato hace doscientos años».

misma fiesta y no comparece la víspera del Corpus sino la de San Agustín, solemnizando la conmemoración de la traslación del brazo de San Atilano y ha corrompido el nombre derivado de vejiga o pellejo de gato. Aunque en muchos sitios se ha incorporado al dance con papel burlesco y fustigador, sin duda corresponde a las comparsas que en toda España acompañaron a las celebraciones del Corpus.

En la actualidad va vestido con chaquetilla y pantalón de color rojo, amarillo y verde, a modo de bufón, y cubre su cara con una máscara de la que cuelga una significativa coleta acentuando su aspecto animal, usando una vara con una pelota colgante para hacer su papel de vejiguero fustigador.

Desde, aproximadamente, 1942 es apedreado con tomates desde que sale hasta que regresa, con frecuencia a hombros, costumbre implantada hace un par de decenios y que traslada esta agresión a un bombardeo mutuo con los blandos proyectiles entre todos los asistentes, «la tomatada». Participará también en la procesión de San Atilano de la mañana del 28 de agosto.

No tiene ningún fundamento el que se trate de la reminiscencia de un antiguo reo condenado a muerte al que se ofrecía la libertad si conseguía salir indemne de una lapidación colectiva. Se trata de un personaje festivo semejante al Bobo de Ochagavía, en el valle de Salazar, o a otro semejante de la mascarada suletina, y su difusión por una extensa zona, El Buste, Ambel, Bulbuenta, Ateca, Talamantes, Vera de Moncayo y Salillas de Jalón, con el mismo nombre o el de «Cipotero» y una extraña vinculación al dance corresponde a un fenómeno de difusión.

En El Buste, llevaba unas grandes tijeras extensibles, de madera, en vez de la pelota de trapo, llamada «cortapichetas» e iniciaba su parlamento con estos versos: «Yo soy el Cipotegato/ que he venido de Milán/ y me dirijo a este pueblo/ a esta festividad/ que tengo la casa lejos/ y me tengo que marchar», sin que la referencia geográfica tenga la menor significación y tomando el papel de «gracioso» que corresponde también al rabadán en el dance. En Bulbuenta sale en la procesión de San Bartolomé, el 24 de agosto, e interviene en el dance antes de los dichos, y en Ambel tiene el mismo papel en el dance de las Santas Reliquias, del 28 de agosto. Datos importantes se conocen sobre el Zipotegato de Borja,<sup>22</sup> del que se dice en 1889 «por la mañana salieron por segunda vez los gigantes y enanos a recorrer las calles y después de terminada la fiesta religiosa hubo dance y dichos en la Plaza de la Constitución por la comparsa que organizó el gremio de labradores formado amplio y extenso círculo por el Zipotegato

---

22. *Una sencilla narración de las funciones y festejos públicos con que la ciudad de Borja obsequió a su excelsa patrona la Virgen de a Peana en el mes de mayo de 1889.* SIERRA Y MARCO, M.: *Sencilla Narración de las Funciones Religiosas y festejos públicos de Nuestra Señora de la Peana*, Zaragoza, 1891.

delante de la casa consistorial y bajo sus balcones dio principio la relación de los hechos», con lo que queda claro que su papel era el de macero al modo de los lictores romanos, para despejar la plaza y hacer sitio para los danzantes. Se confirma con el texto de Sierra y Marco que dice «vestido de forma ridícula, verdadero mamarracho, tanto por la hechura como por los variados colores de su traje y es el encargado de abrir paso, hacer corros y defender a los danzantes de todo atropello para lo cual va armado de tersa correa o cosa análoga con la que reparte sendos azotes entre los chiquillos». Como puede advertirse es diferente el papel que cumple este personaje cuando se incorpora al dance y recita versos o cuando se limita a preceder una comitiva a la que abre paso, golpeando si es necesario, para empalmar con las máscaras fustigadoras, los botargas, el mogigón de Madrid en el siglo XVII suprimido por Felipe V o en otros lugares donde lleva el nombre de «Carigato». La «tomatada» es el ejemplo de desvinculación de un personaje popular de su primitivo cometido y del arraigo en pocos años de una «tradicición».

## USOS Y COSTUMBRES DE BORJA

Borja celebra sus fiestas en honor de la Virgen de la Peana, a las que ya nos hemos referido, el primer domingo de mayo y otras dedicadas a diversos santos, especialmente a San Bartolomé, con dance propio, y San Sebastián que lo tuvo también aunque se ha perdido, conservándose los festejos de su cofradía de mitades del siglo XVII, en la que actúan escopeteros con trabucos que disparaban salvas; en los días 22 a 24 de septiembre de 1783 tomaron parte en las fiestas que solemnizaron el Tratado de paz con Inglaterra y el nacimiento de los príncipes Carlos y Felipe, vistiendo una compañía de soldados con tambores y pífanos que hacían descargas con pólvora. Sigue también la romería al santuario de Misericordia el 15 de septiembre con carros engalanados y comida campestre, concursos de rancho y tortillas.

Hay que añadir la «salve galana» del sábado de Gloria en la ermita del Sepulcro; el rito de curación de herniados pasándolos entre las dos partes de una rama de árbol que luego se unían en la noche de San Juan, lo mismo que en otras localidades aragonesas. Intervienen gigantes y cabezudos en las procesiones del Corpus, con las consabidas «reverencias» ante tres altares con el Santísimo, levantados en las calles y ofrendas de flores, repartiéndose magdalenas a los presentes como obsequio.

Otras costumbres son el «juramento», en la estancia, de respetar las leyes de aguas y el pregón de éstas convocándose la subasta por la campana del Ayuntamiento.<sup>23</sup> Y en lo religioso el rito de la bendición de los campos en la

---

23. BELTRÁN, A.: *De nuestras tierras y nuestras gentes* III, Zaragoza, 1872, p. 72.

fiesta de la Cruz de mayo, yendo hasta los términos en procesión llevando en andas a Cristo con la cruz a cuestas.

Una gran complejidad tenían los ritos de Viernes Santo, con el descenso y el santo entierro; a las tres de tal día se hacía un público pregón pidiendo limosna para enterrar al Señor «porque es pobre» y no puede pagar la sepultura y el sepelio; en el cortejo figuraban personajes alegóricos como la Paz y la Justicia, representados por hombres aunque fueran de significación femenina, las doce tribus de Israel, las cuatro partes del mundo figuradas en sendos estandartes, los atributos de la Pasión, y la tétrica «muerte carraña» con el terrible mote, escrito en un cartelón, «a nadie perdono», relacionado con las medievales danzas de la muerte y resto quizá de las que debió haber en Aragón y se conservan en Cataluña, en Verges; en la misma forma que en Borja figuraba una bandera negra que simbolizaba el luto y «duelo del Señor» como en cualquier otro entierro, y dicho duelo estaba presidido por la Virgen María y las Santas Mujeres, la Magdalena y la Verónica, llevando la Madre de Cristo los brazos articulados, con lo que podía alzar las manos hasta la cara como si secara sus lágrimas; otro duelo estaba formado por las autoridades de Borja, enlutadas y en corporación con las mazas municipales enlutadas con crespones negros. El Santo Sepulcro que en todo Aragón se llama «la cama» y en Borja «el arca» iba custodiado por los «alabarderos», o soldados romanos, mandados por un centurión y flanqueado por dos niños a modo de ángeles que llevan en bandejas una vara de plata y los clavos de la cruz, acompañando la marcha de los soldados un tambor destemplado y una corneta de caballería. La mayor singularidad del desfile de Borja estaba en «la rotura del velo del templo»; al llegar a la plaza subía el centurión a un estrado donde se había colocado el arca, daba un golpe sobre ella para comprobar el enterramiento y en ese momento, ante la expectación de ocho o diez millares de personas, se rompía el velo, fingido antes por chapas de metal que se derrumbaban con gran estrépito y luego por una cortina que se rasgaba y caía.

Es tradición que el Cristo de las monjas de Santa Clara, de Borja, llegó entregado a la ciudad por un peregrino que lo ofreció para el Nacimiento de Navidad, desapareciendo después misteriosamente sin percibir nada.

Se conservan todavía, aunque no como entretenimiento de las gentes, sino con cultivadores que se especializan en ellos, despertando entusiasmos y seguidores locales, juegos como la bola, propio de una zona de la provincia de Zaragoza, desde Borja y Calatorao a la Almunia y el Campo de Cariñena, celebrado en un camino que podía llegar hasta una veintena de kilómetros con curvas, hondos y baches, donde se lanzaba una bola de entre dos y once libras aragonesas con peso de 350 grs., es decir unos 5 kg como máximo y 2 kg como mínimo, cruzándose apuestas y «traviesas» importantes. Con frecuencia el recorrido iba de un pueblo a otro y se podía tardar varios días en cumplirlo; se sorteaba la salida para ver quién tiraba primero, se tomaba carrerilla y se apuntaba a un espacio señalado por el «marcador», repitiendo alternativamen-



te las tiradas desde el punto que alcanzó la anterior y ganando quien llegase el primero.

Ya nos hemos referido al divertido episodio del tío Cerote,<sup>24</sup> atribuido a la comarca de Borja, que no tendría nada de particular que fuera sevillano de origen, pues cuentan que a uno de los famosos aquelarres de Sevilla acudió un sastre que trabajaba por las casas y que una noche de sábado, medio dormido, sorprendió a dos brujas untándose con sus unguentos para poder salir volando jinetes en sus escobas utilizando la fórmula: «Por encima de peñas, por encima de matos, a Sevilla con todos los diablos»; el astuto sastre quiso por curiosidad y tal vez para sacar provecho participar en la reunión, pero con el nerviosismo trastocó los términos del conjuro poniendo por debajo lo que debió decir por encima y llegó al aquelarre hecho una lástima por sus roces y choques con rocas y matos; todo lo demás lo hizo bien y fue repitiendo lo que veía hacer hasta que llegó la hora de sentar el ósculo bajo la cola del cabro y molesto por tener que pasar por tal trance le clavó la aguja donde debía haberle besado, lo que hizo que el irritado y dolorido demonio dijese: «¡Diablo, qué barbas tiene ése!», que no difiere mucho, aunque suene a mayor seriedad que lo de «Tío Cerote, ¡otra vez aféitese el bigote!» del zapatero aragonés. Si en la leyenda de Nogués el tío Cerote se entera de lo que traman las brujas porque su mujer lo era y la oyó hablar con otras de su calaña, en Las Almunias de Rodellar (Huesca) se recogió una versión semejante, en la que un criado escuchó lo que las brujas decían y vio como se frotaban con sus unguentos para acudir al aquelarre, en este caso el famoso de Tolosa: «Por encima de rama y hoja a las eras de Tolosa», antes de montar en sus escobas. El criado equivocó las palabras, como el sastre sevillano, y dijo: «Por en medio de rama y hoja a las eras de Tolosa», con lo que está claro que llegó arañado y magullado y de no muy buen humor.

## **EL DANCE DE LA COMARCA DE BORJA Y TARAZONA**

Uno de los más característicos fenómenos etnográficos aragoneses está constituido por el «dance», teatro popular compuesto por diálogos de pastores, de moros y cristianos y del bien y el mal con intervención de ángel y diablo, acompañados de bailes de palos, espadas, arcos, cintas y broqueles, de castillos y otros complementos literarios como loas, dichos, «motadas» o críticas a personas e instituciones, a veces contra mujeres o viejos, y muy variadas formas en lo accesorio de donde resultan peculiaridades, ya que a pesar de que en muchos lugares de España aparecen loas o alabanzas, bailes de bastones o de espadas o asaltos a castillos en fiestas de moros y cristianos el hallar todos ellos

---

24. NOGUÉS, R.: *Cuentos para gente menuda que da a la estampa un soldado viejo, natural de Borja*, Madrid, 1887.

formando un conjunto es exclusivo de nuestras tierras.<sup>25</sup> Es común a todos los dances la «plega» o recogida de donativos y obsequios para celebrar con ellos una merienda, normalmente por los danzantes en un desfile, por el Cipotegato en El Buste o bien echando al corro los presentes sus dádivas en Ambel. Y repetidamente en los dances de esta comarca el genio maléfico intenta estorbar la celebración de la fiesta.

El somontano del Moncayo registra la mayor densidad de Aragón en dances conocidos, con una quincena de ellos, mostrando una cierta homogeneidad y algunos rasgos que los diferencian de los restantes de la provincia de Zaragoza, aunque la mayor parte sean de tardía introducción, bastantes se hayan olvidado y otros recuperado. En Tarazona se ha perdido hasta la memoria del «paloteado» del que sólo se recuerda que los danzantes iban vestidos con calzón y realizaban bailes de cintas trenzadas sobre una pértiga, haciendo cruces y figuras y deshaciéndolas después, acompañándose de cantos cuyas letras contenían críticas contra las personas o bien picardías y frases de doble sentido, probablemente interpretación de nuestro informante respecto de las «competencias» o «motadas» del dance. Hasta 1928 persistió el dance de Grisel. Aunque no exclusivo de estos dances de la zona del Moncayo es característico el baile de «cintas», pendientes de un palo central sostenido por un danzante, alrededor del cual giran los demás llevando cada uno las cintas que se van trenzando sobre el palo, destrenzándose al invertir los movimientos y, como hemos dicho, la intervención del Cipotegato o Cipotero.

Los de Borja se reducen a diálogos entre el mayoral y el zagal y el ángel y Satanás, existiendo «competencias» como se denominan las «motadas» o sátiras con añadidura de «dichos», «saluciones» y «despedidas»; los bailes son de palos y de espadas. Uno de ellos está dedicado a Nuestra Señora de la Peana que recibe culto en el santuario de Misericordia, llamado «dance del segundo día», y otro, el «sainete», es ofrecido a San Bartolomé. Este último es una mezcla de «pastorada» y «alabanza» con dichos y despedidas que se modifican cada año y «competencias» con compases musicales intercalados. Se alude en él a la vida y obras de San Bartolomé, a la fiesta que ha de celebrarse en su honor y a los obstáculos que a tal propósito pone Satanás. En Maleján, se produce el hecho pintoresco de que se llame «apóstol» al arcángel Gabriel y se le haga morir despellejado porque el texto original fue tomado del de San Bartolomé de Borja.

Semejante al dance de la Virgen de la Peana de Borja es el de Novillas, dedicado a la Virgen del Rosario, no faltando en ninguno de los dos, como en muchos otros, el parlamento de los rabadanes, con salutación, alabanzas y despedida y los vituperios contra las mujeres recitado como una gracia para regocijo general. Éste es uno de los dances repristinados recientemente como el de

---

25. BELTRÁN, A.: *El dance aragonés*, Zaragoza, 1982, *passim*, y p. 128.

Ambel<sup>26</sup> en honor de las Santas Reliquias donadas por los Condes de Ribagorza o con ocasión de otras fiestas religiosas, conservándose la costumbre de que los danzantes penetren en la iglesia, se dispongan en dos filas en la vía sacra, acompañen al predicador cuando sube al púlpito y participen en la procesión bailando un pasacalle, vestidos con «sayetas» sobre el calzón. La trama literaria se funda en la negación por el diablo de las Santas Reliquias intentando impedir que la fiesta se celebre; los diálogos entre mayoral y rabadán registran la intervención del Cipotegato, dichos de los ocho danzantes y baile de cintas trenzadas sobre un palo.

Con éstos guarda semejanza el dance de Aniñón, que conserva solamente la pastorada y ángel y diablo, en forma parecida al de Ainzón, seguramente ambos bastante modernos y el segundo de ellos dedicado a la Invención y Triunfo de la Santa Cruz y a Santa Elena, continuado por el llamado «El Moro»; se mencionaba un castillo donde se han de hallar las cruces, resucitando un moro, muerto por los cristianos. Los enemigos no son moros, sino que están mandados por un tal Cosroas (sin duda corrupción de Cosroes) y por Eliquio produciéndose la conversión del moro que el rabadán atribuirá al Cristo de Ainzón.

El dance de Añón es iniciado por el diablo, interviniendo también el mayoral, rabadán, el zagal y el ángel, con las acostumbradas competencias y dichos en honor de la Virgen del Rosario. Como en otros textos el mayoral trae a colación en sus alabanzas a Júpiter, Marte, Mercurio, Venus, Saturno y Urano (es decir, los planetas con excepción de Neptuno) sin que falten la Osa Mayor, la Vía Láctea y sucesos históricos como la batalla de Lepanto. A la pastorada se añaden dichos sobre la vida de la Virgen y despedidas de mayoral y rabadán.

El mismo esquema siguen los dances de El Buste dedicados a San Roque y a la Virgen, con mayoral, zagal, cipotegato, demonio y ángel y ocho danzantes; se repite la gracia de denostar a las mujeres frente a una apología del vino en latín macarrónico: «Omnis calentura curatur a vino», mientras que se asegura: «Toda la España andarás/ de Pamplona a Cartagena/ ni aun por descuido hallarás/ una rica, guapa y buena». El de la Virgen del Buste debió introducirse poco después de las guerras napoleónicas por los insultos contra los franceses y recelos contra un mal, llamado «liberalismo».

El dance de Santa Bárbara de Maleján repite los de la comarca de Borja y el romance del moro de Ainzón, aunque aparecen referencias a la guerra de África entre las que se incluye a Constantinopla por el tal moro que se refugia en Maleján.

---

26. PUEYO, M.: *Orígenes y problemas estructurales de una composición poética: El dance en Aragón*, Zaragoza, 1973, p. 126 y ss.

Se ha perdido el dance de Alcalá de Moncayo; del mismo corte eran los de Vera de Moncayo y Veruela, a los que se ha añadido el inventado de «los Josefinos» de Vera y otros muy recientes de Grisel y Talamantes repristinando otros antiguos. El de la Inmaculada, de Vera, se inicia por el encadenamiento del rabadán por el diablo que intenta hacer lo propio con mayoral y danzantes, resolviendo el problema el ángel que dice al malo: «¿No sabes que una mujer/te escacharía?, ¡maldito!».

En Talamantes aparece como base una pastorada con ángel y diablo, con pastor, zagal y zagalillo además del Cipotegato, dedicado a San Miguel, y con las consabidas erudiciones como la alusión a las «damas peripatéticas», la «despedida» del mayoral que «saca las faltas de las mujeres del pueblo», y cuatro dances en cada uno de los días de la fiesta. La cofradía organizadora de las celebraciones escogía los danzantes que acompañaban la procesión y penetraban bailando en el templo.

Del tipo de la pastorada es el de Plasencia de Jalón, dependiente del de Borja, dedicado a San Antonio.

## **ALGUNAS NOTAS MÁS SOBRE LA COMARCA DEL MONCAYO**

Dentro de las tradiciones sobre Cristos está la de que, como en otros muchos lugares, sudó copiosamente el de Malón. En Ainzón se cuenta una pugna con el vecino pueblo de Ambel por una imagen de Cristo crucificado que encargaron a un escultor de Zaragoza; una vez terminada los de Ambel convencieron al imaginero para que se la vendiera a ellos, pero las caballerías que arrastraban el carro que transportaba la escultura se negaron a andar más allá de Ainzón y lo mismo ocurrió con otras bestias que buscaron para reemplazarlos, con lo que tuvo que quedarse en su primitivo destino.

Procesiones interesantes son las de San Blas y la Virgen del Río en Lituénigo, al anochecer con hogueras que arden a lo largo del recorrido y participación de escopeteros, herencia de los «despertadores» con trabucos. En Alcalá de Moncayo los mayordomos exhiben bandas de varios colores y sombreros emperifollados, llevando alabardas antiguas y tremolando la bandera de la cofradía ante el santo, como ocurre en casi todo Aragón. En la mayor parte de los pueblos las fiestas se acompañan de meriendas campestres en las ermitas.

Respecto de cantos y bailes la más importante canción profana aragonesa es la albada, amatoria, de salutación y despedida, entonada de madrugada en las rondas, como epitalamios en las bodas, o simplemente iniciándolas a la puerta de la iglesia y en las de las casas de las autoridades y luego dedicadas a las mozas. Con frecuencia se acompañaban de escopeteros, de enramadas, o se gritaba para que la moza a quien se dedicaba la fineza supiera quién era el dedicante; no faltaban «teas» ensuciando las fachadas y los obsequios de las

rondadas casi siempre roscones o casquetas, mondongo alguna vez y avellanas y vino con frecuencia; en Litago y Lituénigo se llevaban sables que se levantaban hasta las ventanas para ensartar en ellos los roscones. Se conservan aurras en Vera y Lituénigo.

Parece claro que se fundieron diversos elementos a lo largo del siglo XVII y no pocos de carácter eclesiástico en algunos bailes que conocemos por su incorporación al dance, lo que explicaría algunos indumentos de enaguas o albas de los danzantes perpetuados en faldas o «sayetas» como las de Alloza o El Buste, siendo de singular importancia la incorporación de máscaras fustigadoras como el Cipotegato de Tarazona o los de Ambel, Bulbuento o El Buste, éste con unas gigantescas pinzas desplegadas que encontramos en la mascarada suletina vasco-francesa aunque aquí se le llame «cortapichetas» y sirva para asustar a los niños.

## LA COCINA POPULAR DE LA COMARCA DEL MONCAYO

Se han recogido muchos datos acerca de guisos peculiares del Moncayo, muchas veces nacidos de los productos que la montaña proporciona y casi siempre por el fuerte localismo de la cocina aragonesa que obliga al aprovechamiento máximo y con fantasía de los productos de la tierra.<sup>27</sup> Han llevado fama el chardón o frambuesa de la montaña, tanto como la coliflor de Tarazona o las borrajas del Somontano o los vinos añejos de la comarca de Borja y Ainzón o Jarque del Moncayo. Se alaban las tortillas de caracoles con hinojo, del Moncayo, y el cordero pascual comido por los cofrades de la Sangre de Cristo en Ainzón; y en este pueblo los roscones que en ocasiones festivas servían como premio en cucañas plantando un «mayo» en la plaza y colgando el dulce de la parte alta para que lo cobrase quien alcanzaba a trepar por el tronco que se engrasaba para dificultarlo. Hay también platos o pastas de días concretos, antiguos o modernos; así las «culecas» de Borja para Pascua Florida. El monasterio de Veruela debió poseer un amplio recetario del que se ha hecho famoso, probablemente por lo chusco del nombre, el «rancho de putas», de patatas y carne; la injuriosa denominación puede proceder de su frugalidad ya que se prepara con rodajas de patata salteadas en sartén con aceite, colocadas en una fuente de material resistente, sobre ellas alcorzadizo de cordero troceado y sofrito, sazonado con ajo frito y puesto todo al horno...

Entre las recetas más difundidas están las truchas con jamón, seguramente por influencia navarra, como las judías pochas que se cuecen en puchero y reciben antes del último hervor un sofrito de pimiento y tomate con aceite de freír truchas. El abadejo a la borjana, el asado de ternasco al horno en tartera de barro con patatas, picada de ajo y perejil y si el fuego se hace con madera de

---

27. BELTRÁN, A.: *Cocina Aragonesa*, Zaragoza, 1985, con recetario de PORQUET, J. M.

carrasca, tanto mejor; el «calderete», guiso de patatas, conejo y carne en sartén con aceite, cebolla y ajo y como toque peculiar una salsa de hígado de conejo picado con nueces y ajo, añadido cuando está casi guisado. Las migas a la pastora con sebo, riñones y ajo, y las judías en puchero de barro, con oreja, pata y espinazo de cerdo, morcillas y chorizo, plato propio del invierno. Fue famoso el turrón de alajú de Tarazona tanto como las sopas de ajo del Moncayo a las que se añaden reginetas o caracoles blancos y pimientos. El hinojo es uno de los vegetales que solamente se consume, habitualmente en la zona del Moncayo, con chorizo y jamón, tal como se comía en Los Fayos el martes santo, en tortilla o como verdura o ensalada. Modos especiales de condimentar diversos platos se conocen en la comarca, los garbanzos que en Tarazona se guisan con una picada de huevos duros y pimienta; el arroz que se acompaña de jarretes y tajo bajo de cordero, jamón, cebolla, pimienta, tomate y huevos duros; fritadas en toda la comarca con huevos, pimientos verdes y rojos, tomate, cebolla, berenjena y ajo, guisados de liebre con vino tinto de Ainzón. Además son peculiares la «zarracatralla» de Borja con pajaritos, cangrejos y caracoles con pimientos verdes y guindilla, el «zambullo» que en todo Aragón se prepara con liviano, cordetas, corazón, cabeza y patas de cordero, más lomo de cerdo, longaniza y condimentos, embutiéndolo todo en tripa de cordero y que en el Moncayo era plato preferido en las bodas de pastores añadiéndole nuez moscada, conejo troceado, guindilla y pimienta negra, todo lo cual por su fuerte sabor era llamado «diablo»; finalmente las «macocas» de yema de huevo, azúcar y avellanas tostadas dispuesta la pasta sobre papel de estraza y cocidas al horno.

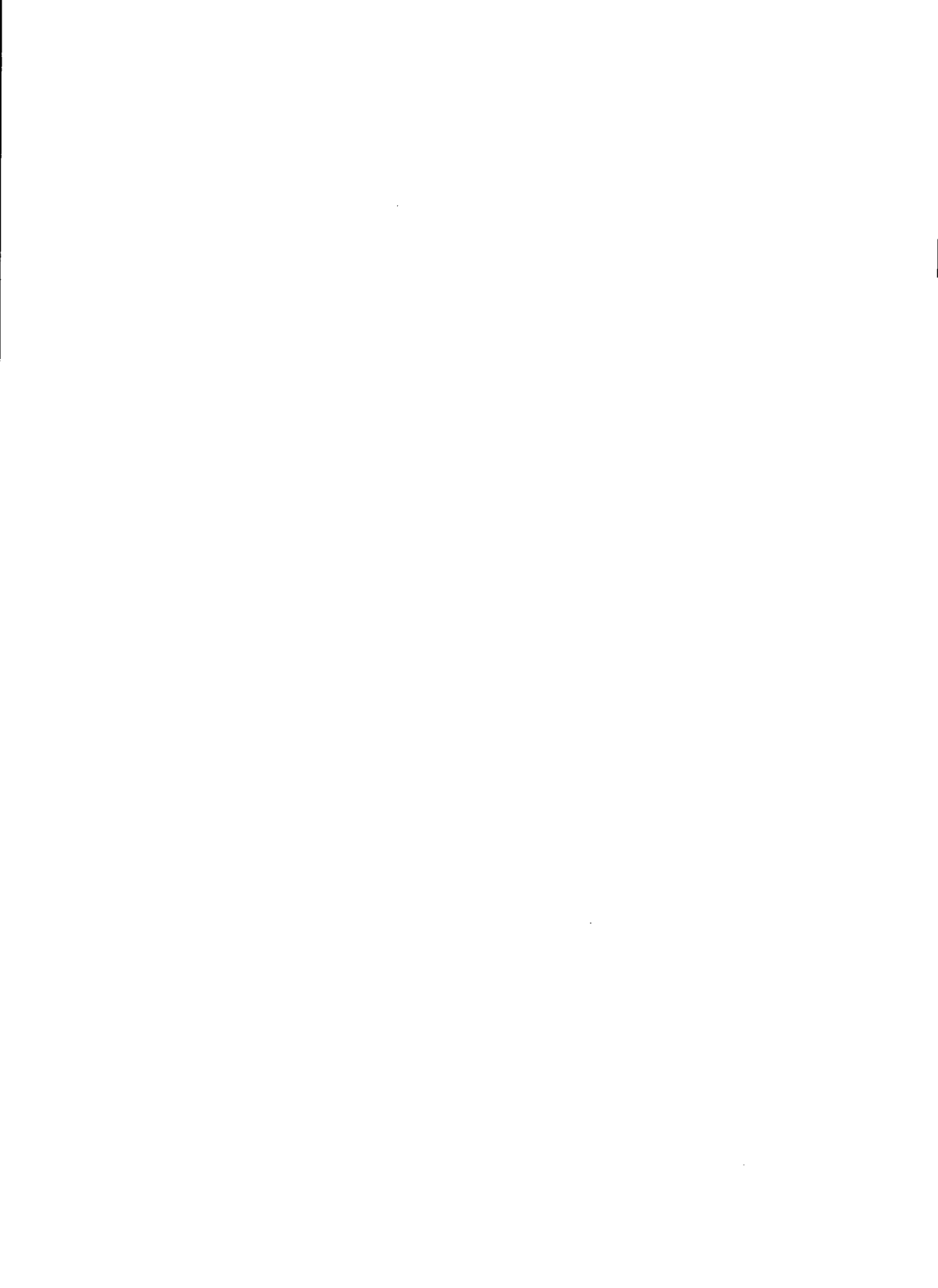
En Borja hemos recogido referencias culinarias a la «culeca», torta de exterior blanco, con dos huevos, en forma de mujer, que se hacía para San Jorge; el consabido palmo de longaniza para jueves lardero; las judías y el bacalao a la borjana y las borrajas que alabó Ignacio de Asso.



**ESTADO ACTUAL DEL TRABAJO ETNOLÓGICO  
EN ARAGÓN. ALTERNATIVA COMARCAL**

LUCÍA PÉREZ GARCÍA-OLIVER





## **ESTADO ACTUAL DEL TRABAJO ETNOLÓGICO EN ARAGÓN. ALTERNATIVA COMARCAL**

LUCÍA PÉREZ GARCÍA-OLIVER

Antes de comenzar la intervención, quiero pedir anticipadas disculpas a quienes puedan ver en ella un exceso de apasionamiento y una crudeza de expresión al exponer de forma general el estado actual y la consideración e interés que la Etnología disfruta por parte de las Instituciones aragonesas, consciente de que esa generalidad encierra peligros de valoración a trabajos puntuales sin duda dignos de todo respeto.

El profesor Beltrán, al tratar en su ponencia el Moncayo como punto sobre el que el hombre ha ido centrando una parte de su atención a través de las leyendas, ha traído a este Encuentro un elemento importante para reflexionar.

Porque en ese repaso por las leyendas y narraciones se manifiesta la voluntad y la acción humana que, secularmente, trata de explicarse los comportamientos de aquello que es relevante en su vida y de cuya influencia son conscientes los hombres. Manifiesta, asimismo, la relación dialéctica permanente, pero también —y sobre todo— armónica y asumida que los grupos humanos estables en una comarca llegan a tener con el medio físico que habitan y del que se nutren.

Las leyendas tratan de acercar lo inasequible a la mente del hombre, intentan justificar lo desconocido y, de este modo, integrar todos esos factores en el conjunto de elementos que componen la vida social y particular de un colectivo.

Pero esa comparación no surge de manera espontánea y de un día para otro. No es fruto de una arbitraria y salvaje imposición del hombre sobre la Naturaleza ni de ésta sobre aquél. Es un lento y continuado proceso de adaptación, respeto y observación paciente mutua, de una experimentación prolongada que espera la respuesta y crea y marca un sentimiento, desconocido al parecer por ciertos sectores de la población, que se llama apego a la tierra, conocimiento del medio, sabiduría de los mecanismos que envía la Naturaleza a sus «inversores» contestando a las acciones humanas sobre ella en un lenguaje no verbal, pero claramente identificable, de gratificación o rechazo. Una respuesta cuyas consecuencias se sufren o se disfrutan según el tratamiento que se ofreció.

No es absurdo, por muy lejana que nos parezca, esa constante humanización, antropomorfización que las distintas culturas han hecho de los accidentes físicos que viven en su entorno.

La realidad es que existe una permanente conversación entre los habitantes de una comarca con esa Naturaleza que es patrimonio global y medio de vida de muchos.

La defensa, cuidado y mimo del entorno frente a licenciosas agresiones que buscan un pasajero disfrute y pretenden arbitrarios beneficios a costa de no importa qué medios, aunque para conseguirlos destruyan un sistema trabajosamente elaborado por la población habitante de una comarca como ésta, es no sólo un derecho sino también un deber de toda persona consciente, racional y preocupada por la Cultura, entendida ésta como uno de los agentes más importantes que mide la calidad de vida del ser humano.

Es pues de la Cultura como concepto global que expresa en hechos materiales los componentes internos de las comunidades, la manera de resolver sus problemas, sus modos de entender, entenderse y disfrutar con lo que le rodea, de lo que estamos hablando. Porque no tratamos de ver la Cultura como el hecho parcial y atomizado que cubre unos aspectos de la vida del hombre, ni como un término divisorio en su misma acepción que habla de «dos clases» o más de Cultura, señalándola sin adjetivos calificativos para los hechos y expresión de una clase poderosa y dejándola marcada con minúsculas, seguida del adjetivo «popular» para los logros y manifestaciones de la clase social mayoritaria y menos privilegiada económicamente.

A través de esta terminología, discutida y polémica entre el mundo científico, se ha conseguido, andando el tiempo, ahondar las diferencias entre la valoración consciente de una y otra en detrimento de la segunda y con la consiguiente devaluación de buena parte de nuestra historia y nuestro patrimonio.

Pero he aquí que, a fuerza de indiferencia, desprecio y olvido que han jugado una baza importante en esa pérdida junto a la lógica y aconsejable introducción de medios tecnológicos en los ámbitos rurales, especialmente

depositarios de los bienes «populares», los objetos, creencias, manifestaciones y celebraciones del pueblo han conseguido convertirse en raros, exóticos y atractivos motivos dentro de una sociedad masificante y en serie como la que vivimos: es una variante a tener en cuenta porque parece que estamos asistiendo a una de las múltiples contradicciones del sistema: la llamada «Cultura Popular» está pasando a ser «Cultura de Élite». Pero este paso, aparentemente beneficioso para ella, entraña peligros que luego señalaremos.

Lo cierto es que en Aragón la infravaloración de los bienes culturales autóctonos es un continuum tan manifiesto que llega a cotas poco asequibles para cualquier mente.

Si en el campo de la Etnología nuestro país ha estado y continúa estando institucional y académicamente por debajo del resto de países avanzados, e incluso a la zaga de algunos considerados como tercermundistas, nuestra Comunidad Autónoma es en este momento la única en todo el Estado Español que no contempla al Patrimonio Etnológico con una dotación de mínimas infraestructuras en la cual y a la que puedan dirigirse los pueblos para mantener, salvaguardar y coordinar esfuerzos, restablecer y recuperar su historia cotidiana o sistematizar sus iniciativas alrededor de sus propios hechos culturales.

A este respecto no sólo está olvidándose una obligación social ineludible, máxime en un territorio en el que la población no urbana ha tenido y tiene especial relevancia, sino que se está olvidando el cumplimiento de una Ley de Patrimonio Cultural en la que se contempla al Patrimonio Etnológico como un componente del conjunto de Bienes Culturales del Pueblo Español con idéntico valor al que se guardan para otras áreas (arqueología, arquitectura, pintura, etcétera).

Podrá objetarse que esa tarea está asignada a los Museos Provinciales que en sus dependencias deben albergar un apartado dedicado a la Etnología. Pero también en ese sentido habrá que decir que por un lado dentro de las obligaciones de los funcionarios de Museos no se encuentran las anteriormente citadas, sino más bien la de dar cabida y hacer posible la catalogación y exposición de las piezas que a ellos lleguen y, en segundo lugar nuestros Museos están tremendamente limitados por unos presupuestos tan bajos que no dejan la posibilidad de pasar más allá de un posible interés teórico de sus encargados, en su mayoría procedentes de la especialidad de Arqueología.

Esta precariedad de medios y estas limitaciones que pasan de unos a otros una obligación social cada vez más urgente, puesto que a ello se une el olvido de la tendencia actual y lógica que impera en los países más avanzados de protección a las regiones en todos sus aspectos, hace que se esté entrando en una dinámica de choque entre la política seguida por las instituciones y la voluntad de los pueblos cada vez más concienciados del valor psicológico y social de su patrimonio y de las contrariedades que su pérdida les origina en otros campos (turismo, conocimientos, relaciones, etc.).

La atención que se ha prestado en nuestra Comunidad Autónoma al tema Etnológico ha sido desigual tanto en el tiempo como en la sistematización y siempre paupérrima, dependiendo en su mayor parte de las aficiones y/o sensibilización hacia el área que alguno de los funcionarios en ciertos cargos haya mostrado.

Hoy la acción de la D.G.A. se reduce a muy poco más que el mantenimiento de las Secciones Etnológicas del Museo en lo referente a nuestra provincia y la ampliación de sus fondos mediante la compra o cesión de la colección de cerámica Gastón que será ubicada en la segunda de las casas construidas en el Parque. Pero ¿qué repercusión tiene esto para la provincia? y ¿qué quiere o qué significa esto?

Ha sido la Institución Provincial la que inició un proyecto hace ahora cuatro años como respuesta a una demanda de cierto número de municipios zaragozanos en favor de la recuperación de los Dances. El Dance, hecho cultural desconocido para muchos zaragozanos de la ciudad y no pocos pueblos, es —como preveía la *investigación*— uno de los agentes movilizados sociales de mayor potencia y el detonante en los pueblos para que iniciaran una paulatina labor de recuerdo y, consiguientemente, una acumulación de datos que desborda el tema y traduce el interés general de la sociedad.

Son muy pocos los pueblos que como consecuencia de la recuperación de su Dance (e incluso muchos de los que no lo tenían) no hayan expresado su deseo por recuperar otros aspectos de su historia cotidiana, es decir, de su Cultura latente.

El proyecto de recuperación que optó por una metodología activa etnológica, prácticamente desconocida en nuestro país y por *primera vez* puesta en práctica *sobre toda una provincia*, ha tenido una gratificante acogida en los pueblos pese a los precarios medios y condiciones con los que se ha movido. Pero aun con ser la Diputación de Zaragoza la única entidad oficial que viene prestando apoyo a la Etnología, *no de modo oficial sino siempre sujeta en su continuidad a variables diversas*, y a pesar de contar con el beneplácito de todos los pueblos que conforman la base de su existencia como Institución, tampoco se ha planteado con seriedad que la demanda de los municipios y el volumen de trabajo cuyos resultados pueden fácilmente constatarse, amén de la Ley antes mencionada, aconsejarían un elemental establecimiento de infraestructura estable para responder con seriedad y seguridad las propuestas e iniciativas de los pueblos zaragozanos.

En esta dinámica de desinterés institucional hay que incluir también y dolorosamente a nuestra Universidad. En ninguna de las cátedras de Letras existe la disciplina de Etnografía y Etnología. La existencia única se encuentra en la Facultad de Empresariales no como tal sino como Sociología que se aproxima tangencialmente, y de acuerdo a sus objetivos, a los enfoques etnológicos. El profesor Beltrán durante sus años de docencia en la Facultad de Letras

impulsó estos temas «*motu proprio*», que no porque en los programas o en los planes de estudio se contemplara. Y es evidente que si no se plantea el conocimiento del modo de vida, costumbres, creencias y elementos materiales que completan la historia del pueblo aragonés desde las aulas, estaremos sustentando y sustentados por tópicos, lagunas y cortes bruscos que apoyan una debilidad general y una sensación interna de impotencia que, a la larga, produce nefastos resultados.

Podemos decir que no sólo desde el punto de vista ecológico sino también desde el punto de vista humano sentimos una sensación de desconcierto, somos «tierra de nadie» y ello significa también que somos «tierra de cualquiera» con todos los peligros que ello comporta.

Desmanes que en otros territorios serían inmediatamente interceptados, son aquí tibiamente lamentados cuando no tolerados y en algunos casos incluso aplaudidos.

No hay ningún punto de referencia al que puedan acudir los municipios y particulares para la consulta y protección del Patrimonio Etnológico frente a los continuos allanamientos y explotación no sólo de bienes materiales sino también de los recuerdos, creencias y conocimientos (que son bienes culturales más sagrados y difíciles de controlar) por grupos que, sin la cualificación necesaria pero sabedores de la inexistencia de medios legales para evitarlo o de una información colectiva respaldada por las instituciones, se benefician de esta impunidad y comercian con estos bienes de la Cultura colectiva.

Al problema de una pérdida paulatina de ese eslabón histórico que enlaza un modo de vida con la actualidad a causa de unas circunstancias sociológicas y políticas (guerra civil, exilio, posguerra, industrialismo, éxodo, despoblación y masificación de los medios informativos ajenos al ámbito rural, cambios de mentalidad, etc.) se unen las particularidades de un medio que han marcado un modo de ser en sus gentes y, a ello, cuando hemos llegado a asumir todo esto y deberían paliarse en lo posible los errores del pasado, nos enfrentamos, hoy a esta reflexión de qué hay, qué debería haber, cómo, quiénes, para evitar en adelante la destrucción y el olvido.

Y son éstas las líneas que no tratan de la fácil, o al menos cómoda, crítica corrosiva que no está dispuesta a continuar trabajando; más bien han intentado comentar una opinión que desearía ver mejora y rebatida, con razón, a partir de este momento.

## **ALTERNATIVA**

Llevar a cabo un trabajo Etnológico en esta tierra debe en primer lugar asumir la situación práctica del tema, esto es hay muy poco hecho en proporción a la tarea desarrollada en otros lugares y esto exige un reconocimiento no

sólo de este retraso sino también de la heterogeneidad de temas tratados y la variedad de metodologías o de profundidad.

Hay por lo tanto, que acometer varios campos a un tiempo y centrar jerarquías de actuación si queremos realizar un trabajo serio aunque sea quizá el menos brillante a efectos de reconocimiento social o científico: es el de *recogida de datos y sistematización* de los mismos de manera que sirvan a los pueblos, a nosotros mismos en una segunda fase y a todos aquellos investigadores que decidan a posteriori analizarlos y elaborar conclusiones, o a quienes los empleen para los campos que elijan del saber.

Es pues un trabajo etnográfico en el cual estamos obligados a colaborar con archiveros, bibliotecarios, geógrafos, historiadores, etc. Porque es de esa interdisciplinariedad de la que unos y otros y todos saldremos beneficiados.

Pero parece lógico pensar que nuestro trabajo no debe estar encaminado a repetir los esquemas que nos precedieron aunque por conocerlos, y gracias a ellos, podamos avanzar. El trabajo debe —porque de ella viene y a ella está destinado— ser conocido en el plazo más corto posible por la población informante, de manera asequible y sacando de este trabajo mutuo la mejor rentabilidad social a nuestro alcance.

Desde esta perspectiva el trabajo centrado en una comarca con un número de temas puntuales que, a nuestro juicio no debe ser más de tres o cuatro por campaña, con una metodología lo más unitaria posible en la forma, establecería varios ejes positivos para poder intercambiar experiencias con otras comarcas tanto a nivel teórico como de exposiciones.

El material recogido tendría entonces, dos finalidades iniciales:

- Formar un archivo de datos que respondieran a una metodología intercambiable con otras comarcas y acumulable a lo largo del tiempo con otros temas y con informaciones complementarias.
- Realizar exposiciones locales monográficas, conciertos, conferencias, etc., que mostrarán a la población el trabajo efectuado de manera coherente y con posibilidades de mostrarlo y recibir en igualdad de condiciones las ofertas de otras zonas.

Uno de los temas de trabajo sería aconsejable elegirlo lo más común posible en el sentido que pudieran acogerse a él todos los pueblos de la provincia. Ello daría la posibilidad de contrastar opiniones y observar la variedad de elementos que sobre él existían, al tiempo que podrían seleccionarse aspectos representativos de aquél por su particularidad o/y por su comunidad territorial.

El segundo de los ejes sería ofrecer a la población un material en el que ella es protagonista (puesto que los objetos, voces, prendas, fotografías, etc., serían propiedad particular del público) que, además, puede completar su información con el propio saber, corregir posibles fallos y explicar a otros sus conocimientos al tiempo que amplía los suyos.

Esta medida, por los testimonios de experiencias europeas y algunas nacionales (Museo del Azafrán de Monreal del Campo) si son Exposiciones, por tanto sujetas a una temporalidad de estancia, van creando el hábito —no adquirido en muchos de nuestros pueblos— de acudir a un espacio expositivo y consecuentemente una conciencia crítica, posiblemente elemental pero siempre aconsejable, entre los espectadores.

Las exposiciones del material recogido llevarán siempre el nombre del propietario de la pieza y la procedencia.

Evidentemente al finalizar la Exposición, hoy por hoy, es imprescindible que cada elemento vuelva a su lugar de origen una vez fichado y conocida su ubicación.

Y esta medida cubre varios fines: Por un lado evitar la acumulación pasiva de materiales sin finalidad coherente inmediata. Por otro que la población se conciencie del valor de sus piezas propias y evite la venta indiscriminada o la destrucción ignorante. En tercer lugar mover la sensibilidad de los organismos de poder para que contemplen la posibilidad de crear Museos Etnológicos Monográficos con las condiciones de seguridad necesarias y con la garantía de un conocimiento mínimamente sólido de la población en la que se ubique.

Parece aconsejable que los temas en los que se centraría la atención de inicio debieran ser motivos suficientemente característicos del espacio físico concreto, por varias causas. Por un lado por la especificidad local. La amenaza que sobre ellos, por ser los más importantes, se cierne es mucho mayor. Por ejemplo, a pesar de que en una zona cuya mayor fuente de ingresos puede ser el vino, el sistema tradicional se conozca por bastantes cosecheros, los cambios tecnológicos acudirán mucho antes a ella que a otras y desplazarán en un período relativamente corto el inicial sistema por motivos obvios.

En segundo lugar porque esos son importantes centros de interés y de conocimiento de las personas que en dicho territorio viven al ser elementos de identificación determinantes.

En tercer lugar porque sus materiales serán siempre un abanico amplio de posibilidades comparativas como líneas metodológicas.

En cuarto porque todo trabajo que tenga cierta garantía de éxito en la recogida de datos es tanto para el investigador como para el informador, en la fase de inicio, un acicate metodológico y psicológico para acometer siguientes pasos.

En términos generales y a manera de propuesta concreta, teniendo en cuenta que en diciembre se celebrará un Encuentro de Estudios Comarcales, similar al presente, en Calatayud, y que en distintas zonas de la provincia hay algunos grupos interesados en este campo de trabajo podríamos reflexionar sobre un esquema como éste:



## 1. Tema General: Los toques de campanas y los campanarios

Justificación de la propuesta:

Existe al menos una documentación antropológica (grabaciones en cassette y vídeos, tesis doctoral y metodología) del tema centrado en Aragón.

Funciona un Organismo internacional que se preocupa de este aspecto y que recogería gustoso el trabajo y las noticias que se le enviasen.

Existe una Organización nacional (en el País Valenciano) que ofrece la posibilidad de intercambiar datos y recibir los nuestros.

Es un tema que puede enfocarse en todas las comarcas provinciales porque en todas se corre el peligro de electrificación de las campanas (invariabilidad de toques), destrucción de los campanarios y porque hay —y cada vez menos— pocos campaneros o personas que puedan recordar los diferentes toques que distinguían los mensajes lanzados por este medio de comunicación de tanta importancia histórica.

Se tiene constancia de que la variedad de toques en los distintos pueblos y comarcas es grande y de que son, como otros muchos elementos locales en determinados momentos del tiempo, agentes cohesivos de la población, sin contar con el factor humanizante que significan los toques de campanas sin electrificar, para el conjunto de una comunidad.

Existe la posibilidad de comunicación e intercambio con otros lugares, una vez recogidos y catalogados los toques de campana y de realizar conciertos de campanas (de hecho en las fiestas del Pilar de Zaragoza ya se han llevado a cabo) previa explicación y conocimiento del grupo humano.

La experiencia, que puede integrarse en un conjunto de actos contextualizados armónicamente, se viene efectuando en Valencia semanalmente y a modo de anécdota puede decirse que en el ranking de asistencia a los actos, la iglesia de la Compañía de Jesús en que se llevan a cabo como principio a un concierto de música de diferente tipo e incluso a algún acto litúrgico, registra el mayor índice de asistencia de la ciudad.

1.b. El primer paso sería un recuento de campanarios y de campanas en cada comarca. Esto implica el fichado según unos principios establecidos de antemano lo más coordinados y completos posibles con los ya existentes.

Asimismo habríamos de identificar:

a) Los campaneros y sacristanes que todavía pueden conocer tanto los toques como el *modo* de tocarlos. Por tanto una segunda ficha personal.

b) Alrededor de ellos o/y en su defecto aquellas personas de edad o hijos y familiares de campaneros (a veces eran también los sacristanes o alguaciles) que recuerden toques.

- c) Grabar las voces y los toques que reflejarán las diferencias.
- d) Sistematizar y ordenar todo ese material.
- e) Iniciar un trabajo de divulgación entre la población y escolares para ver el eco que puede despertar un hecho inmediato y las posibilidades de que surgieran jóvenes animados a volver a tocar las campanas y aprender su sistema.
- f) Llevarlo a cabo en una o varias iglesias de pueblos de la comarca.
- g) Intercambiar la experiencia con la habida en otras zonas.
- h) Divulgarla en los medios de comunicación locales y provinciales.
- i) Divulgarla y contactar con los organismos nacionales e internacionales conocidos.

2. Temas específicos de la comarca: Medios de vida

Formas de diversión.

Expresiones individuales.

Al primer apartado corresponderían aquellos aspectos que se refieren al trabajo como forma de subsistencia siguiendo un sistema utilizado por los individuos de una comunidad de manera general y con similares métodos y aperos.

Implicaría todo ello una revisión y complemento de las bibliografías (fueran libros o datos de revistas conocidos en la zona), una información directa de los protagonistas o informantes, el apoyo de los geógrafos y utilización de mapas, la fotografía y descripción minuciosa de cada uno de los objetos de uso.

Dependiendo del tema elegido habrían de organizarse el tipo de cuestionarios y las necesidades de estudio.

Una vez organizado el material deberán de verse las posibilidades que ofreciera; de actividad directa o de planteamiento lúdico-didáctico en que tomarán parte activa los informantes.

El segundo apartado tiene también un sentido colectivo y participativo.

Las maneras de divertirse un grupo humano y las fiestas son una fuente de información que, lejos del superficial componente folklórico, merecen un serio análisis de los datos ofrecidos por ellas.

En este sentido, la recopilación de noticias sobre una fiesta o una parte importante de ella exige también una serie de cuestionarios específicos a sus rasgos propios y otros complementarios generales (quizá menos detallados estos últimos) para que podamos ofrecer una visión contextualizada a la hora de plantearnos su activación.

Este apartado obliga además y frecuentemente a la colaboración de músicos que puedan transcribir, si fuera necesario, las notaciones solfeísticas de

melodías características de la fiesta, como ocurre en el caso de los Dances, y de filólogos e historiadores de la literatura cuando se tratara de elaborar una segunda fase del trabajo.

Al igual que en los demás casos, se trata también de involucrar a la población directamente en el trabajo que se lleva a cabo y, por tanto, después de la sistematización de los datos y ordenación de los mismos se plantea el disfrute colectivo del resultado. En este caso la exposición de los datos es la posibilidad de celebrar la fiesta nuevamente y ver si, a lo largo de su organización previa, se observan los componentes modificados lógicamente por la realidad actual, las introducciones acordes con el presente y la integración del hecho en la vida local.

Éste es uno de los elementos en los que por sus características más partido puede sacarse del trabajo porque es conveniente el seguimiento anual de las incidencias al tiempo que se plantean otras recogidas.

El tercero de los temas específicos tiene un enfoque menos general. Puede extraerse de las particularidades que rodean la vida de la familia, esto es, de la casa y su ámbito.

Quizá uno de los temas de mayor resonancia, puesto que es un hecho relativamente actual, sea el de la indumentaria. Pero con el fin de profundizar sobre él es aconsejable, en nuestra opinión, estudiarlo desde el universo femenino o masculino por separado para a posteriori integrarles.

La indumentaria, a pesar de su divulgación o mejor del uso poco riguroso que se ha venido haciendo de los tópicos o precisamente por él, no es un mundo conocido y ello explica el batiburrillo existente en las formas de vestir que se genera respecto al llamado «traje de baturros» o «traje aragonés».

Si en principio un trabajo etnográfico de recogida de datos, prendas, fotografías, patronos y complementos parece lo idóneo para presentar, luego, una muestra, estas fichas deben ser más complejas.

La aproximación cronológica de las prendas, la clase social de la familia que las posee, el fin para el que se confeccionó el uso posterior que se les ha dado, las circunstancias que rodearon ese segundo empleo, el lugar en que se confeccionó, la procedencia de los tejidos, etc., amén de la comparación con figurines, dibujos, grabados y noticias bibliográficas de la época pueden hacer, en muchos casos, cambiar el concepto convencional que hoy se tiene del llamado «traje típico» y considerar a la indumentaria desde otra perspectiva, esto es, como un elemento más del entramado social que existe en una comunidad.

Pero el trabajo de recogida en sí debe ser el mismo que para el resto de los temas, y la sistematización de los objetos también aplicando los correspondientes cuestionarios específicos.

La exposición de ese material, además de dar a conocer la riqueza y variedad de indumentaria en una zona o la coincidencia con otras, habrá de acom-

pañarse con los datos resultantes de esa cata que en éste, quizá más que en otros campos, exige cuidado y rigurosidad por ser un tema «que está en la calle», ya que en determinadas fechas buen número de personas se visten «de aragoneses».

El conocimiento más profundo de este tema concreto en otras Comunidades Autónomas ha generado un movimiento serio de empleo y de un considerable número de trabajo y mano de obra, a la vez que un respeto por aquellos modelos y prendas en desuso pero tal vez guardadas en las arcas y que no se conocían sus funciones, evitándose el tan frecuente empleo de las ropas para «disfraces» carnavalescos, venta o destrucción de las mismas.

En todo momento se ha tratado de hacer partícipe a la población del trabajo realizado por medio de Exposiciones y de celebraciones, es decir, de los sistemas de Investigación Participativa importantes en la motivación social.

Pero por qué se hace tanto hincapié en el tema de las Exposiciones. En este sentido la respuesta viene dada anteriormente y, sin embargo, las poblaciones que recogen materiales y se plantean la riqueza de aquéllos (cantidad) pretenden en la mayoría de los casos organizar un Museo que los refleje y contenga.

En nuestras actuales circunstancias y con nuestros actuales presupuestos, bueno será que la observación de la realidad nos sirva de advertencia.

En ningún caso estamos en contra de los Museos, ahora bien al contrario, por el profundo respeto que nos producen como «caja fuerte» de todo aquello que nos parece valioso y representativo, el Museo deberá contemplar una serie de condiciones de vigilancia y seguridad, de cualificación e infraestructura que el momento presente no prevé.

Abrir y emplear un edificio-Museo que exponga nuestro patrimonio a cuyo valor, además del científico, en muchas piezas se une el familiar y sentimental, sin las garantías exigibles en todos los países (V. Normativa del ICOM), supone una temeridad y una «oferta» a desaprensivos.

Si hasta hace relativamente poco tiempo, los objetos de la cultura material cotidiana, relegados por las nuevas formas de vida a los desvanes, no eran tan valorados por los coleccionistas y por sus intermediarios, en la actualidad sólo hace falta acudir al rastro de una ciudad como Zaragoza para observar los negocios de objetos que muchas veces se han vendido en los pueblos «por cuatro perras».

Es por ello por lo que se ofrece esta alternativa que muestra y devuelve (por tanto diversifica la ubicación) a sus propietarios las piezas.

Con esa medida se trata de evitar por un lado que la muestra de un municipio en el cual no exista un movimiento de visitantes aceptable para aconsejar la estabilidad, se convierta en un evento cultural pasivo en detrimento de su rentabilidad e interés.

En segundo lugar el peligro de robo «a placer» del material.

En tercero la posibilidad de emplear ese espacio físico para siguientes muestras.

Un cuarto punto sería el que al haber sido expuestas, catalogadas y susceptibles de un cierto control las piezas, los propietarios las reciben con otro valor «añadido» y tienen hacia ellas un mayor respeto.

Por último que al tratarse de Exposiciones monográficas de relativa magnitud, la visita del público se concentra y pueden medirse las repercusiones, aceptación, indiferencia o rechazo que ha provocado.

Por lo general, al participar los espectadores del protagonismo de la Exposición, el interés que despierta el tratamiento de aquello que han aportado es alto, se convierten indefectiblemente en «guías» —sobre todo las personas mayores que conocen bien las funciones de la mayoría de las piezas— de la exposición (segundo nivel de protagonismo) y son agentes de divulgación y contraste del tema.

La Exposición por su carácter parcial puede ser trasladada a otros lugares y formar parte los materiales de una más amplia y base de un futuro Museo cuando las condiciones sean favorables.

Además, la formación del personal cualificado es muy deficitaria en nuestro país y la reivindicación profesional necesaria por cuanto, actualmente, cualquiera —a falta de esa profesionalización pareja a la que sufre la Etnología— puede lanzarse a «montar un Museo etnográfico» con los esquemas convencionales que lo convierten casi de inmediato —a no ser que se cuente con bastantes medios económicos— en un «almacén de objetos exóticos» o en un espacio de restos anecdóticos de arqueología recientes sin alcance efectivo para la población salvo el de la cantidad o la inútil ostentación.

Por este motivo en nuestra opinión es más rentable la actuación paulatina de crear conciencia social hacia la Cultura «latente», observar su grado de aceptación y colaboración, catalogar las piezas y compartir los resultados, poner en funcionamiento un archivo de datos, intercambiar experiencias, y, cuando este «caldo de cultivo» esté en ebullición esperemos que haya dado tiempo a todos los organismos de poder darse cuenta que, parafraseando a Octavio Paz: «La Cultura no tolera adjetivos. Se basta sola». Y siguiendo a otro autor: «Quien aprenda a ser hombre lo aprenderá mejor a través de la historia continua que es el hombre».

## BIBLIOGRAFÍA ETNOLÓGICA SOBRE LA COMARCA DE TARAZONA

Tratamos de dar una muestra de publicaciones estrictamente dedicadas al campo de la Etnografía y Etnología en esta comarca del Moncayo. En efecto, pueden encontrarse ligeras referencias de ella en obras generales, diccionarios, enciclopedias, pero, un repaso por las Bibliografías más cercanas deja inmediatamente ver la carencia de tratamiento sobre el tema.

En la *Revista de Dialectología y Costumbres Populares*, publicada por el C.S.I.C. desde el año 1944 (depósitos de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza) hasta 1978, encontramos las siguientes reseñas generales:

LARREA PALACÍN, A. : *Cuentos de Aragón* t. III (p. 276 y ss.) 1947.

Nada en los sucesivos años hasta 1956: MANRIQUE, G.: *Vocabulario popular comparado de los Valles de Duero y Ebro* (pp. 3-54).

LARREA PALACÍN, A. : *Seis cuentos populares aragoneses*, 1959.

MARTÍNEZ RUIZ, J. : *Bécquer y el costumbrismo español*, 1970.

En las *V Jornadas del Estado actual de los Estudios de Antropología sobre Aragón*, Elisa Sánchez Sanz, dentro de una comunicación cuyo tema es «Bibliografía aragonesa» y abarca los siglos XVIII y XIX, señala únicamente el libro de FACI, R. A.: *Breve noticia de la maravillosa aparición de María Santísima en el Valle de Veruela*, Zaragoza, 1764, relacionado con esta comarca.

ÁLVARO ZAMORA, M.<sup>a</sup> I. y GARCÍA GUATAS, M.: «La vivienda rural aragonesa» en *Estado actual de los estudios sobre Aragón III Jornadas*, 2-4 de octubre, en Tarazona.

Dentro de esta ponencia se citan las publicaciones de GARCÍA MANRIQUE, E.: *Las comarcas de Borja y Tarazona y el Somontano del Moncayo*, Zaragoza, I.F.C., 1960.

*Vera de Moncayo: un municipio del Somontano Ibérico*, Zaragoza, I.F.C., 1958.

La Biblioteca del Centro de Estudios Turiasonenses guarda los fondos siguientes:

AZAGRA, V.: «El Moncayo entre el mito, la leyenda y la Historia». Comunicación para el *I Encuentro de Ciencias Sociales del Moncayo*. Tarazona, 1989.

ALONSO OMEÑACA, S.: «Arquitectura popular: Visión antropológica de la vivienda tradicional en el Moncayo soriano». Comunicación para el *I Encuentro de Ciencias Sociales del Moncayo*, Tarazona, 1989.

AINAGA ANDRÉS, T.: «Aportaciones documentales para el estudio del urbanismo en Tarazona (1365-1565)», en *Turiaso VI*. (pp. 201-249), Tarazona, C.E.T, 1985 (I-A-41 CET).

CORRAL LAFUENTE, J. L.: «Tarazona y sus términos en los siglos XVI y XVII: Derechos y privilegios», en *Turiaso IV*, (pp. 13-153), (I-A-39).

VALLEJO ZAMORA, J.: «El gremio de cereros y zuquereros de Tarazona en el s. XVIII», en *Turiaso IV* (pp. 195-211), Tarazona, C.E.T., 1983.

- AZNAR GARCÍA, J.: *Gloria y leyendas de Tarazona*. Zaragoza, Librería General, 1979. (I-A-87).
- BROWN, F.: «Un álbum de dibujos originales de Valeriano Bécquer», en *Goya*, n.º 21, 1957 (I-A-15).
- LABAÑA, J. B.: *Itinerario del Reino de Aragón*. (fotocopia) (I-A-120).
- I Congreso de Aragón de Etnología y Antropología*, Tarazona 6-8 septiembre de 1979. Zaragoza, 1981, I.F.C.
- LOZANO RAMOS, L.: *Ritos y costumbres del Somontano del Moncayo. El pesaje de los niños (Lituénigo)* (I-A-37).
- HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, F. J.: *Ritos y costumbres del Somontano Ibérico recogidos en Lituénigo*. (I-A-37).
- MARTÍN CISNEROS, C., y MARTÍN LAÍNEZ, G.: *Folclore y noticias varias de costumbres, leyendas y tradiciones de Tarazona y algunas recetas gastronómicas del lugar*, en Zaragoza, D. Provincial, 1971.
- ZUGARRAMURDI, J.: *Antigüedades de Tarazona*, Zaragoza, Imp. El Diario Católico, 1881 (fotocopia) (I-A-51).
- Paloteado de Alcalá de Moncayo* (texto mecanografiado)
- El Norte* (n.º extraordinario), Tarazona, 5-XI-1925, n.º 296, Año VI (I-A-114).
- GARCÍA DE LA CONCEPCIÓN, Fr. B.: *Gratos recuerdos*.
- SANZ ARTIBUCILLA, J. M.<sup>a</sup>: *Milenario de San Atilano, obispo, 939-1939*, Tarazona, Tip. de Martínez Moreno, 1939 (?) (I-A-126).
- RODA HERNÁNDEZ, F.: «El Cipotegato de Tarazona y personajes similares», *Cuadernos de Etnología de Navarra*, D. Foral de Navarra, Príncipe de Viana, enero-junio 1981 (I-A-44).
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A.: «Etnología y antropología de la Comarca del Moncayo», Tarazona, 1989, Ponencia para el *Congreso de Ciencias Sociales* (I-A-174).
- AZAGRA MURILLO, V.: *Remembranzas del Carnaval turiasonense*, Tarazona, Asociación de Jóvenes del Moncayo, 1988 (I-A-168).
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, J.: *Aragón legendario I*. Zaragoza, Lib. General, (Col. Aragón) (I-A-187). *Aragón legendario II* (I-A-186).
- VALLEJO, J.: «Una aproximación a los gremios de Tarazona. La Cofradía de la Santísima Cruz de los mancebos pelaires», en *Turiaso II*, Tarazona, C.E.T., 1981 (I-A-37).
- ALCALDE GIL, M.: *Índice del periódico turiasonense «La Unión» años 1891-1895 y 1899-1901*, Tarazona, 1988. Interesa el apartado de *fiestas populares* (pp. 27-30), y *Actos religiosos* (pp. 22-25).





# **EL ESCULTOR JUAN ADÁN, UN TURIASONENSE EN EL OLVIDO**

DIMAS VAQUERO PELÁEZ

## **INTRODUCCIÓN**

Siempre se ha pretendido que nuestra localidad, nuestra patria chica, nuestro barrio, descolle por el aporte, a una escala social superior, de unas leyendas, historia, restos arqueológicos, arquitectónicos o de unos personajes inmortales, sea cual sea el campo en el que han destacado. Queremos que paseen por la geografía, lo más amplia posible, ese nombre de cuna que nos vio nacer. Nos llenamos de orgullo cuando oímos de boca de alguien, extraño a nuestro entorno, o leemos, de plumas foráneas, el nombre de nuestro pueblo.

Tarazona ha sido, es y será una de estas localidades de la que siempre sus vecinos se han enorgullecido porque mucho ha sido el aporte con el que al mundo de la cultura ha contribuido. La mayoría de los personajes que aportaron su fama o su arte han visto reconocida su labor, en mayor o menor grado, en su propio pueblo. Pero no de todos se puede decir lo mismo.

Uno de los personajes que Tarazona engendró y que Tarazona desconoció fue el que nos ocupa a continuación, el escultor Juan Adán.

Si Juan Adán no ha llegado a la inmortalidad, si disfrutó en su tiempo y profesión de los máximos honores que entonces se podían pretender, a pesar de que hoy día su nombre produzca una tremenda sorpresa. Si no su nombre, sí su obra ha quedado inmortalizada y la podemos contemplar repartida por varios puntos de la geografía española. Hay que lamentar el vacío que rodea al

artista turiasonense y las escasas noticias que de él nos quedan, pero ello no es óbice para que podamos seguir sus huellas.

## **BIOGRAFÍA**

Juan Rudesindo Adán Morlán, hijo de Juan y Manuela, nació en Tarazona, Zaragoza, en cuya iglesia parroquial de San Andrés era bautizado el 1 de marzo de 1741 por Mosén Antonio Alcalá, siendo padrinos Antonio Ripa y Josefa Olloqui.

Le ha estudiado el investigador aragonés y académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Enrique Pardo Canalis, conservador del Museo Lázaro Galdiano.

Hacia 1725 se traslada a Zaragoza ingresando en el taller de José Ramírez. Pronto aprende el oficio junto al cabeza de la escuela aragonesa de escultores del siglo XVIII, y a los 24 años, una vez concluidas las tareas del taller de Ramírez en la Santa Capilla de la Basílica del Pilar, en 1765, decide trasladarse a Roma. Allí vivió por su propios medios, con lo ahorrado en su trabajo junto a su maestro en la Basílica, hasta que agotados sus recursos tuvo que recurrir a don Tomás Azpurur, también zaragozano, encargado de los negocios de Carlos III en Roma desde 1765. Este sacerdote le subvencionó una copia de Rusconi y un dibujo, obras que fueron presentadas en la Academia de San Fernando y que conseguirían que le concediesen una pensión por acuerdo de la Institución, el 4 de octubre de 1.767, aunque Adán no empezaría a cobrar hasta febrero del año siguiente. Así trabajaría en la Ciudad Eterna con la obligación de enviar una serie de trabajos periódicamente.

Conoce ahora a doña Violante la Valle, con quien contrae matrimonio, fruto del cual serán sus hijos Isabel, Micaela y Francisco Javier, quien también sería escultor y del que se sabe presentó dos proyectos a la Academia de San Fernando (momento conmemorativo de la jura de la Constitución por Fernando VII y proclamación de Isabel II como Princesa de Asturias), no obteniendo en ambas ocasiones ningún sólo voto.

En 1774 será nombrado académico de mérito de la de San Fernando, y el 1 de enero del año siguiente de la de San Lucas de Roma.

En 1776 tiene lugar su regreso a España, y con el encargo del Cabildo de la Catedral de Lérida para ejecutar varios altares.

En Lérida trabajó hasta 1782, en que tiene que salir precipitadamente acusado de haber incendiado el grupo central del Altar Mayor y cuatro estatuas de las pechinas de las que él mismo era autor.

Pasa por Zaragoza y llega a Madrid hacia septiembre, donde solicita se le conceda la plaza de Teniente Director de Escultura de la Academia de San Fernando, vacante por la muerte de Francisco Gutiérrez. La fortuna le es

adversa al turiasonense, resultando vencedor el escultor murciano Alfonso Giraldo Bergaz.

Se trasladará a Granada para trabajar en la Capilla de la Virgen del Pilar de aquella Catedral de la ciudad de Alonso Cano. De aquí partirá hacia Jaén para trabajar asimismo en su Catedral. Pero, como los encargos los podía enviar desde Madrid, se dirigirá a la Villa y Corte donde fijará su residencia.

En 1786, ya de regreso a la Corte, es nombrado Teniente Director de Escultura. El 20 de mayo de 1793, Juan Adán que había continuado su ascendente carrera, recibiría los honores de Escultor de Cámara de Carlos IV, pasando a ser efectivo en el cargo el 24 de enero de 1795, a la muerte de don Celedonio Nicolás de Arce y Cacho. Desde este momento contaría con el apoyo y protección de Godoy y de los Reyes, que continuamente le hacen importantes encargos.

Tras la invasión francesa, Juan Adán, es nombrado Director de Escultura de la Academia, en 1811, con el beneplácito del rey intruso José Bonaparte. Pero concluida la contienda el nombramiento es declarado nulo. El 15 de diciembre de 1814 se le volvía a dar nuevamente el cargo, y el 12 de septiembre del año siguiente, Fernando VII le designaba su primer Escultor de Cámara, con 15.000 reales de sueldo.

Fallecía en Madrid el 14 de junio de 1816, siendo enterrado en el cementerio de la Puerta de Fuencarral.

## **INFLUENCIAS DE JOSÉ RAMÍREZ**

No se duda de la colaboración de Adán con el insigne maestro en la decoración de la Santa Capilla en el Pilar. Según un articulista anónimo, cuando Juan Adán se puso bajo la dirección de Ramírez, progresó tan rápidamente que pronto fue conocido dentro y fuera de Zaragoza; mas, como no lograra el rendimiento deseable por tratarse «de una Provincia en la que las artes no habían por desgracia fijado su mansión», concibió el proyecto temerario y esperanzador de marcharse a Roma sin otra recomendación que su entusiasmo.

Por los años en que Juan Adán permaneció al lado de su maestro, éste concluía su obra en la Magdalena, la popular parroquia del gallo de Zaragoza, y se ocupaba, como antes he dicho, de la decoración de la Santa Capilla del Pilar, que por entonces se construía bajo la dirección de Ventura Rodríguez.

## **ESCULTOR DE CÁMARA DE CARLOS IV**

El 20 de mayo de 1793 Carlos IV concedió a Juan Adán los honores de Escultor de Cámara, teniendo que pasar, como norma a finales del siglo XVIII en la plantilla de los Escultores de Cámara, por el «cursus honorum», las tres

etapas correspondientes antes de tener la condición de efectivo, de primer escultor.

Dos años después de ser nombrado Escultor de Cámara, aparece Juan Adán sujeto a los azares de una votación académica. El 13 de mayo de 1797 moría Manuel Álvarez, el Griego, escultor salmantino cuyo recuerdo perdura principalmente por la más conocida de sus obras que dejó inconclusa, la Fuente de Apolo o de las Cuatro Estaciones, en el Salón del Prado de Madrid. Hubo varios aspirantes a la plaza de Director de Escultura de la Academia, pero finalmente no saldría elegido, resultando nombrado Bergaz. Sí que hay constancia de que por estos años Juan Adán solicitó frecuentes dispensas para eximirle temporalmente de dar clases en la Academia, unas veces por motivos de salud y otras por causas de trabajo. Esto nos da una idea de la importante labor docente que también realizó el escultor turiasonense, compaginada con sus encargos.

## **PRIMER ESCULTOR DE CÁMARA DE FERNANDO VII**

Al iniciarse la Guerra de la Independencia se encontraba trabajando en la «Fuente de Hércules y Anteo» de Aranjuez. Según él mismo diría, padeció vejaciones «antes que acceder a las lisonjeras promesas de los satélites del intruso». Vivió las inquietudes de los primeros meses, y junto a muchas desventuras vibraría de fervor hispano ante las noticias llegadas a la Villa y Corte de los episodios heroicos procedentes de Zaragoza, que elevaban la figura de Palafox a una altura semidivina.

En 1811 la Academia acordó proponer a Juan Adán para la plaza de Director de Escultura, dejada vacante por Pedro Michel, También fue propuesto en Palacio para la plaza de primer escultor de Cámara. Fernando VII, tras conocer las instancias de los aspirantes Juan Adán y Salvatierra, quiso oír el dictamen de la Academia, que lo emitió favorable al de Tarazona. Juan Adán sería nombrado Primer Escultor de Cámara, con 15.000 reales de sueldo, en oficio fechado el 12 de septiembre de 1815 y firmado por el Mayordomo Mayor de Palacio.

## **CARACTERÍSTICAS DEL NEOCLASICISMO ESCULTÓRICO ESPAÑOL**

Hacia mediados del siglo XVIII se produce una reacción purista de signo neoclásico, frente a la aparatosa complejidad y el frondoso amaneramiento del último Barroco. El agobio de tanto artificio convencional, el agotamiento expresivo de tantas fórmulas decaídas de empuje creador, el hastío por tanta

rutinaria arbitrariedad cooperaron eficazmente a la búsqueda y adopción entusiasta de una nueva concepción estética que, en su designio renovador, venía prestigiada por su entronque con la Antigüedad. Esa vuelta al pasado, estimulada vigorosamente por los descubrimientos de Pompeya y Herculano, contaba a su favor con la irresistible y constante atracción de un superior concepto de belleza universal. La figura humana se liberaba de un caprichoso destino, inerte maniquí, para intentar una formulación expresiva, de alcance intemporal, por encima de toda minucia episódica. Se cifra en el tratamiento del desnudo, en canon ejemplar de serenidad, de perfección, de maestría tal que, durante varios decenios, mantiene indiscutida su vigencia, hasta que surge, con el Romanticismo, una reacción apasionada frente a la frialdad hecha norma, cuando ya la norma había perdido su aliento cálido de noble inspiración.

Además de la Antigüedad Clásica, otra nota que define nuestra escultura neoclásica es la resurrección e invasión de las mitologías griega y romana, la profusión de desnudos, el predominio de la línea sobre la expresión. Con tales características nada extraña que decayera el cultivo de temas religiosos. Hay que subrayar, sin embargo, la relativa abundancia de sepulcros en los que se asoma la postrera pleitesía a la fama, a la ostentación suntuosa, tan humana y tan ligada al culto de la persona, al individuo, y en mayor número, los retratos, de los que ciertamente hemos de registrar una notable producción. El resto de la temática religiosa aún sigue coleando, arrastrando el peso de una imaginería española de considerable tradición, difícil de abandonar así como así.

La Academia de San Fernando, creada en 1752, vendría a canalizar con ímpetu ambicioso los afanes de renovación artística que las nuevas inquietudes reclamaban. Merece destacarse en cuanto a la relación de los profesionales con la Academia la dependencia jerárquica y honorífica en que se encontraban. Primero, al término del aprendizaje, participando en concursos. Después ingresando como individuos de mérito. Luego, pretendiendo con insistencia obsesiva los empleos vacantes, por ascenso o defunción, de Tenientes y Directores. Y siempre honrosos de su vinculación a una entidad de indiscutible prestigio.

Otro sector influyente, lleno de posibilidades, se centraba en «la Corte Borbónica». Si la Academia representaba un ámbito de competencia y magisterio, Palacio suponía la glorificación en vida de cualquier profesional del Arte. Esto explica la apetencia de figurar adscritos a su órbita, pues además de los beneficios honorarios que aportaba, no dejaban de ofrecerse oportunidades propicias para practicar más y con mayor desahogo, dignidad y lucimiento bastantes obras que por el empleo de materiales nobles reclamaban crecidos dispendios no fácilmente sufragados por particulares. Coincide ello también con los reinados de Carlos III y Carlos IV, en los que el tono amable del Madrid dieciochesco recuerda la alegría de vivir del «ancien régime», en el que toda esplendidez era posible. A esto hay que añadir la realización de las obras del nuevo Alcázar de los Sitios Reales, que motivó la presencia y colaboración de numerosos artistas.

Todas estas características generales son las que también envuelven la obra de Juan Adán. Continuó con una obra decididamente barroca, pero se metió en cuanto pudo dentro de la órbita de la Academia y de la Corte. Buscó el prestigio en vida sabiendo alzarse con un puesto de relevante importancia en el mundo del Arte.

## LA OBRA DE JUAN ADÁN

En Aragón, y a excepción de lo ejecutado en el taller de José Ramírez, cuya labor queda en el anonimato, nada se conserva de su ilustre hijo.

Según el libro sobre el escultor de E. Pardo Canalis, se puede elaborar el siguiente catálogo completo de la obra del escultor turiasonense:

- *Envíos de pensionado:*

- San Juan Evangelista, copia de la original de Rusconi.
- Seis figuras de Academia, en San Fernando.
- Estatua de Prometeo, Academia de San Fernando.
- Bajorrelieve.
- Seis figuras de Academia, en 1774.
- Grupo en barro cocido de Nuestra Señora de las Angustias, 1774. Se conservan cuatro versiones:
  - Academia.
  - Catedral de Lérida, destruida en 1936.
  - Escuelas Pías de Madrid, destruida en 1936.
  - Grupo de la catedral de Málaga.
- Leda, en barro cocido, 1775.
- Reproducción del Moisés de Miguel Ángel, 1775.
- Príamo y Héctor, 1775.

- *El conjunto de Lérida. Catedral:*

- Cuatro Doctores de la Iglesia, en las pechinas, destruidas.
- Grupo de la Asunción de la Virgen, en el retablo Mayor.
- Retablo de la Capilla de la Virgen de la Piedad. Esculturas de San José, San Antonio de Padua y, en la parte superior, Padre Eterno con dos ángeles.

- Capilla de Santiago. Retablo. Esculturas del titular, un ángel, San Juan Evangelista y Santa María Salomé.
- Capilla del Beato Simón de Rojas. Retablo y esculturas de San Juan de Mata, San Félix de Valois, Santísima Trinidad, ángeles y serafines y relieve central con la aparición de la Virgen al Beato.
- Capilla del Santo Cristo. Retablo y estatuas de San Juan Nepomuceno y San Raimundo de Peñafort.
- Capilla de la Inmaculada. Retablo y esculturas de la Inmaculada, ángeles, San Buenaventura y San Agustín.
- Capilla de las Ánimas. Retablo y esculturas de San Miguel y Santo Ángel Custodio.
- Capilla del trascoro. Altorrelieve de San Rafael, San Anastasio, Santa Magdalena y Santa Bárbara.

• *Retratos:*

- Cardenal Solís.
- Felipe V ecuestre. Salón de Armas del Palacio Real de Madrid.
- Juan de Iriarte, Academia de San Fernando.
- Conde de Floridablanca, paradero desconocido.
- Obispo Félix Beltrán, Seminario de Salamanca, sobre el mausoleo, también suyo.
- Arzobispo Jorge Galván, Catedral de Granada, sobre su mausoleo.
- Duque de Alcudía, Academia de San Fernando.
- Godoy, paradero ignorado.
- Carlos IV, Academia de San Fernando.
- Carlos IV, Palacio Real de Madrid.
- Carlos IV, Filipinas.
- Carlos IV, Casita del Príncipe del Escorial.
- María Luisa de Parma, Palacio Real de Madrid.
- Duque de Alba, Palacio de Liria.

• *Otras obras:*

- Venus de la Alameda de Osuna, 1793, Madrid.
- San Pedro Arbués y Santa Isabel de Portugal. Iglesia de Montserrat en Roma.

- Dos mancebos, niños y serafines. Iglesia de Santiago. Roma.
- Cristo Crucificado, Torrelavega.
- Relieve de Aparición de la Virgen a las siete convertidas. Catedral de Granada. Enterramiento del Arzobispo Aragonés Antonio Jorge Galván.
- San Jerónimo. Ídem.
- San Isidoro. Ídem.
- San Antonio de Padua. Ídem.
- Dos mancebos y siete niños. Ídem.
- Dolorosa, Iglesia de Nuestra Señora de las Angustias. Granada.
- Virgen con el Niño en el pesebre, Catedral de Córdoba.
- Relieve de San Eufrasio, Capilla de San Eufrasio, Catedral de Jaén.
- San Agustín. Ídem.
- San Antolín de Palencia. Ídem.
- Grupo de la Fe sobre la idolatría. Ídem.
- Grupo de la religión combatiendo la herejía. Ídem.
- Tres mancebos y varios serafines. Ídem.
- Estatuas de la Fe, San Pedro, San Pablo, Santiago, San Juan, San Mateo y San Judas Tadeo. Tabernáculo de la Catedral de Salamanca.
- San José con el Niño. Iglesia de San Ginés de Madrid.
- San Joaquín y Santa Ana. Ídem.
- San José, réplica del de San Ginés. Colegio (Nuestra) Nuevo de las Escuelas Pías. Madrid.
- Marsías, Academia de San Fernando.
- Fuente de Hércules y Anteo.

## **ANÁLISIS DE SU OBRA**

En el estudio de la obra de Juan Adán se pueden ir comprobando las sucesivas etapas y características que marcan a un escultor cabalgando entre dos momentos artísticos, el Barroco y el Neoclasicismo.

Su obra advierte el tránsito de una concepción barroca a una integración neoclásica de la obra. De su carácter barroco tenemos el conjunto de retablos e imágenes de la Catedral Nueva de Lérida. Llevó a sus imágenes religiosas la devoción popular y entrañable de una fe sincera. Mas su obra no se limita sola-



mente a temática religiosa. Cultiva otros temas y trabajó en materiales muy diferentes. Copia de clásicos y modernos, relieves, grupos, retratos, fuentes, mitología..., todo ello dentro de unas características neoclásicas, metido en el círculo academicista y cortesano.

### **Algunas obras de envío del pensionado:**

- Leda:

Muy deteriorada. Es un modelo en barro cocido de 1775. Es copia tratada con soltura, de interés particular por la elección depurada de un modelo clásico de líneas elegantes, con amplitud de movimientos en el juego de los pliegues.

- Moisés:

Es una versión bastante correcta, aunque en grado menor, de una cima del Arte Universal de todos los tiempos, reflejando a la vez una influencia poderosa que no debemos olvidar. Parece ser que cuando iba a enviarse desde Roma, junto con el resto de las piezas, se desistió a última hora de hacerlo «por no estar enjuto y no haberlo podido cocer a tiempo», lo que obligó a mandar un yeso vaciado por el modelo en barro.

- El Marsías:

Es copia del de la Villa de Médicis, ofreciendo una versión vigorosa del original, con una atención muy cuidada del estudio anatómico.

### **Catedral de Lérida:**

- Grupo de las Angustias:

Es uno de los diversos grupos que talló sobre el mismo tema.

Virgen de la Piedad con Cristo muerto. Tallado en madera y policromado. Acusa gran patetismo, reflejado singularmente en el rostro de la Virgen Madre, en la cabeza del Hijo, más que apoyada caída, y en la tierna expresión del angelote con un dolor íntimo e inconsolable. Incorporados aparecen San Juan, tratado sobriamente; la Magdalena con el pomo tradicional en la mano, mientras con la otra enjuga en rico paño su llanto copioso y una deliciosa figura infantil. Al fondo, la Cruz, con emblema de la pasión. Este conjunto fue destruido durante la guerra civil, en 1.936.

- Capilla de la Virgen del Pilar:

Muy interesante por la interpretación de los temas tratados. El grupo central representa la venida de la Virgen del Pilar a Zaragoza, acompañada de

ángeles y serafines, algunos de ellos tañendo instrumentos musicales, destacándose dos, de mayor tamaño, que sostienen la Santa Columna. Sobre ésta, y cercada por una aureola, la imagen de la Virgen. A los lados, estatuas de San Joaquín y de Santa Ana. En la parte superior, dos ángeles sosteniendo una gran diadema.

- Capilla de Santiago:

Retablo y esculturas de Juan Adán. En el centro, la estatua del Santo titular, muy expresiva y desenvuelta. Un ángel con espada parece mostrarlo a los devotos; otros dos más pequeños a la izquierda, uno presentando como símbolo un corazón ardiente, y el otro sujetando, en graciosa actitud, el sombrero del Apóstol que parece que se le escapa. A los lados, estatuas de San Juan Evangelista y Santa María Salomé. En lo alto, grupo de ángeles y serafines, dos de mayor tamaño y otros dos más pequeños con grandiosa cruz de Santiago y bandera.

- Capilla de la Inmaculada:

Retablo y escultura de Juan Adán. En la parte central, imagen de la Inmaculada sobre nubes, la media luna y la serpiente, acompañada de ángeles y serafines, dos de ellos portadores del lirio y el espejo simbólico. La Virgen, túnica blanca y manto azul, con la corona de doce estrellas, en actitud de orar, elevando la mirada al cielo. A los lados, estatuas de San Buenaventura y de San Agustín, pieza de ejecución enérgica y vivaz. En lo alto, entre cabeza de serafines, dos ángeles, con trompetas, sostienen una grandiosa corona sobre un globo, mientras otros dos, más adelantados, son portadores de la leyenda «Tota pulchra y Macula non est in Te».

### **Catedral de Granada:**

- Capilla del Pilar:

Marchó a Granada para ejecutar toda la escultura de esta Capilla, costeada por el Arzobispo aragonés don Antonio Jorge y Galván. Comprende los relieves de la aparición de la Virgen a Santiago con sus siete discípulos. Es el mejor relieve de cuantos se le conocen, con sensible influencia de su maestro José Ramírez.

- Otras obras que aparecen en esta Catedral son: San Jerónimo, cuyo modelo se conserva en el museo, y San Isidoro, ambas de atrevida factura, más logrado el primero. La estatua de San Antonio de Padua con el Niño, de acertada expresión. Dos mancebos y siete niños, todo ello en mármol de Carrara y en la Catedral, así como el relieve de San Miguel.

## **Catedral de Jaén:**

- Capilla de San Eufrasio:

Llegado a Jaén se encargó de esta Capilla en la Catedral, mas como se trataba de una serie de obras que podía trabajar estando fuera, se trasladó a la Corte, desde donde enviaría las siguientes: relieve de San Eufrasio, estatuas de San Agustín, San Julián y San Antolín de Palencia, grupos de la Fe sobre la idolatría y la religión combatiendo a la herejía. Todo en madera. Aquí en la Catedral intervendría también en la decoración del magnífico tabernáculo del Altar Mayor.

## **Iglesia madrileña de San Ginés:**

Hay tres imágenes de Juan Adán. Una talla de San José con el Niño, presentando la curiosa particularidad innovadora de hallarse el Niño a la derecha del Santo, casi a su altura, de pie sobre una nube.

Las otras dos estatuas son las de San Joaquín y Santa Ana. Esta refleja un claro acento expresionista digno de la mejor tradición barroca de nuestra imaginería. Hay cierta aparatosidad en su actitud, pero de ejecución garbosa y desenvuelta.

Una réplica del San José antes citado se venera en el Colegio de las Escuelas Pías de San Fernando, en Madrid, salvado también, con el grupo de las Angustias, de la destrucción de 1936.

## **Retratos:**

- Busto en mármol del Cardenal Solís. Es lo más antiguo que se conoce. Lo hizo en Roma con motivo de un cónclave al que asistió el prelado hispalense. Tanto este busto como otros fueron enviados a Sevilla.

- Felipe V ecuestre. Pertenece a la época de permanencia en Lérida. Tal vez sea el mismo que figura actualmente en el Salón de Armas del Palacio Real de Madrid.

- Busto de don Juan José de Iriarte. En yeso.

- Busto del Conde de Floridablanca.

- Busto del Obispo don Felipe Beltrán. Es un busto en mármol que corona el sepulcro que también hiciera Juan Adán, en el Seminario Conciliar de Salamanca, constituyendo una hermosa muestra de la técnica cuidada del escultor.

- Estatua orante del Arzobispo don Antonio Jorge Galván. Realizada en mármol para el sepulcro, en la Capilla del Pilar de la Catedral granadina. De

gran interés iconográfico y artístico. Nos presenta un cálido retrato del prelado aragonés, amigo del Conde Aranda, y a quien por su carácter jovial y desenvuelto llamaban en la época de su deanato en Zaragoza el «deán pollo».

- Busto en mármol de Godoy. No firmado, pero que con casi toda seguridad es de Juan Adán. Aparece el retratado «monstruo de la fortuna y ejemplo también asombroso de la desdicha humana» en la plenitud de su vida, vestido a la manera romana y mostrando parcialmente el Toisón de Oro. Una técnica depurada ennoblece con rasgos de perfección la fisonomía del valido.

- Busto de Carlos IV. En mármol, conservado en la Academia de San Fernando.

- Busto en mármol de Carlos IV, expuesto actualmente en la antecámara de Gasparini del Palacio Real de Madrid. Entre uno y otro hay algunas diferencias que los distinguen. Aparte de la firma y algunas variantes en las facciones del rostro y los pliegues del manto, en el de la Academia faltan los bordados de la casaca, las troneras superiores del pedestal y la quiebra oblicua que se advierte en el del Palacio.

- Busto en mármol de María Luisa de Parma. También en Palacio y sin firma. Tanto éste como los anteriores denotan el esfuerzo cortesano de Adán por conseguir dos buenos retratos de sus reyes. La soberanía se refleja en la amplitud de sus líneas, rodeada con manto forrado de armiño que abultan las superficies entre pliegues un tanto aparatosos. Tiene el de María Luisa cierto encanto, evocando los bucles que coronan su frente el peinado de algunas damas romanas de principios del siglo II de nuestra era.

- Retrato de Carlos IV. Este tercer retrato del Rey es una pequeña estatua en mármol de Carrara, con manto, armadura y cetro. Se encuentra en la Casita del Príncipe del Escorial. Parece que hay que relacionar con esta obra una estatua pedestre de Carlos IV para vaciarse en bronce con destino a Manila.

Hay que añadir a la relación precedente, dos bustos retratos de Carlos IV y María Luisa de Parma, miniaturas en ceras de colores, obra original en su género, regalo del artista a Fernando VII.

### **7.7. La Venus de la Alameda de Osuna:**

Es tal vez la mejor creación de Juan Adán. Exquisita inspiración, novedad iconográfica y habilidad técnica. Hay además que ligar esta obra con un curioso incidente del escultor turiasonense con la Duquesa de Osuna.

El 6 de febrero de 1789 la Condesa-Duquesa de Benavente extendió una orden de pago por valor de 5.000 reales de vellón por la piedra traída de las canteras de Carrara hasta Madrid, para «hacer la estatua del templo de mi casa

de campo de la Alameda». Ésta se pensaba colocar en el templete o abejero de la Alameda de Osuna, encomendándose su ejecución a José Guerra.

Por causas ignoradas se suspendió la obra, y la escultura comenzada por Guerra la continuaría Juan Adán, posiblemente en 1792. Era tanto el deseo que la Duquesa tenía de ver terminada la obra, que un día, sin estar el escultor, se presentó en el taller para comprobar cuál era el estado de la misma. El nerviosismo y la impaciencia al ver que aún no estaba concluida le hizo mostrar exclamaciones enojosas que llegaron a oídos del autor, motivando una curiosa carta que dirigió a su cliente. Se lamentaba de que cuando la Duquesa hizo las exclamaciones él no estaba allí, y que si la estatua ya no le servía, pues fue una de las observaciones hechas por la Duquesa, que se lo dijera para dar por concluida la obra.

No sólo terminaría Adán la obra, sino que además le aumentó el coste de su ejecución.

Conservada la estatua en la Alameda de Osuna, fue trasladada en 1946 a una residencia particular del interior de Madrid. Aparece con la siguiente firma: «Juan Adán. Aragonés, la hizo en Madrid año 1793».

«Es una bella creación, a la que supo infundir todo el aliento artístico de una obra imperecedera y toda la graciosa levedad de una pulcra ejecución. Antigua por el tema y nueva por la interpretación, tiene la serena armonía de un modelo perenne y el candor inexhausto de una vida joven», son palabras del único estudioso de la obra del escultor turiasonense, el aragonés Enrique Pardo Canalis.

Han sido muchos, y de considerable peso específico los escultores que Aragón ha dado al Arte. Existen aún otros por descubrir y porque su obra sea reconocida dentro de la categoría que se merecen. Juan Adán es uno de éstos. Coloquemos en su sitio la importancia que en su tiempo tuvo y valoremos en el presente la labor de este escultor turiasonense hasta ahora casi dejada en el olvido.

## BIBLIOGRAFÍA

- PARDO CANALIS, E.: *Escultura Neoclásica española*. Colección Arte y Artistas, Instituto Diego Velázquez del C. S. I. C. Madrid, 1958.
- PARDO CANALIS, E.: *Escultores del siglo XIX*. Madrid, 1951.
- GAYA NUÑO, J. A.: *Arte del siglo XIX*, Vol. XIX de *Ars Hispaniae*.
- PARDO CANALIS, E.: «El escultor Juan Adán (XVIII)». *Seminario de Arte Aragonés*, VII-VIII-IX, Zaragoza, 1957, pp. 5-63.
- CARLO ARGAN, G.: *El arte Moderno*. Valencia, 1975.
- PIJOÁN, J. y GAYA, J. A.: *Arte europeo de los siglos XIX y XX*, vol. XXIII de *Summa Artis*. Madrid, 1967.
- BOLOQUI LARAYA, B.: *Escultura zaragozana en la época de los Ramírez (1710-1780)*, Madrid, 1983.
- MORALES Y MARÍN: *Escultura aragonesa del s. XVIII*.